

Clara,
una historia de silencio

Adriana Strupp

Clara, una historia de silencio

Adriana Strupp

Título original “Clara, ¿tenía que oscurecerse?”

Primera edición 1996

Título original “Clara, una historia de silencio”

Segunda edición 2005

Foto de tapa: Tamara Liberman

Diseño de tapa: Adriana Strupp

Para comunicarse con la autora:

adrianastrupp@yahoo.com.ar

Strupp, Adriana

Clara, una historia de silencio. - 1a ed. - Buenos Aires :
el autor, 2005.
170 p. ; 21x16 cm.

ISBN 987-43-9457-9

1. Narrativa Infantil-Prevención de SIDA I. Título CDD A863.928 2

Fecha de catalogación: 21/06/2005

A mis hijos y a los tuyos también
“¡Lejaim!” *

* del Hebreo ¡Por la vida!

Agradezco de corazón a las siguientes personas,

Dra. Silvia Manzini

Dr. Carlos Stewart

Dr. Pedro Cahn

Dra. Weissenbacher

a Cinthia y a todos los jóvenes
que me “prestaron” sus historias.



ORGANIZACION PANAMERICANA DE LA SALUD



ORGANIZACION MUNDIAL DE LA SALUD


Referencia: PWR/ARG/PP/6606-95

08 de noviembre de 1995

Señorita
Adriana Strupp

Estimada Srta. Strupp:

...informamos a Ud. que su trabajo ha sido leído por dos de nuestros consultores y consideramos que es una obra valiosa y su presentación literaria es adecuada y amena, permitiendo dar mensajes a los adolescentes en relación a la prevención del SIDA...


Dr. Henri Jouval
Representante de la OPS/OMS
en la Argentina

PRÓLOGO

Clara es una chica común. Le gustan algunas cosas de las que te gustan a vos, tiene sueños y broncas parecidos a los tuyos, tiene ganas de vivir.

Clara no es una “rarita”. No se falopea ni anda con mil flacos. Clara es una piba más de las que vemos todos los días yendo al colegio, al club o a bailar. Pero, al mismo tiempo, Clara es única, como cada uno de nosotros. No es la más linda ni la más inteligente. Tal vez nunca hubiera llegado a ser chica de tapa ni a ser ministro de algo, pero ella ocupa un lugar irremplazable: el de Clara.

Y tal vez sea esa característica, la de ser una más del montón pero al mismo tiempo única e irreplicable, lo que da un gran valor a su historia.

Clara, con su enfermedad, nos recuerda que en los tiempos que corren todos tenemos que estar atentos para evitar el contagio de un virus capaz de producir una enfermedad hasta ahora incurable : el SIDA.

La historia de Clara es la de miles de Claras, que se enferman de la manera más absurda y cruel: amando. Pareciera que en estos tiempos donde todo se mide por lo que rinde y cada uno vale por lo que tiene, hasta el amor se nos hace difícil.

Adriana Strupp describe en un lenguaje sencillo una historia donde el amor se expresa en sus más variadas facetas; el amor de pareja, el de madre, el de los amigos, el amor a la vida.

Para ayudar a que no haya más Claras, los adolescentes tienen en este libro una herramienta para leer y discutir con sus padres, amigos profesores. Aún hoy es posible amar si lo hacemos con responsabilidad. Nosotros, como Clara, también somos únicos e irrepetibles.

La humanidad ha derrotado otras epidemias.

Para enfrentar ésta, no basta con la tarea de los científicos.

Hace falta algo que cada uno de nosotros puede dar: solidaridad y la información a quien lo necesite.

Como dice la campaña conjunta de la Fundación HUESPED y el Consejo Publicitario Argentino:

“Para tener SIDA basta con ser humano.

Sea humano con quienes lo padecen”

Este libro te habrá servido si después de leerlo te das cuenta que vos también tenés un lugar en esta pelea por el amor y por la vida.

Dr. Pedro Cahn

Jefe Inmunología Hospital J. A. Fernández

Director de la Fundación HUESPED

CAPÍTULO 1

¿Quién dijo que todos los veranos son iguales? Nunca lo son.

Mi vieja, que siempre me traía películas que le gustaban mucho cuando tenía mi edad, me trajo ese día “Verano del 42” ¡Qué película!

A pesar de todas las diferencias, reflejaba nuestra misma preocupación por el sexo, por el amor y por la amistad.

Si es que de verdad existen vidas anteriores, estoy segura de que mi vieja fue bruja. Tiene la cualidad de adivinarlo todo. No sé si es por todo lo que me quiere o qué, pero siempre sabe lo que me está pasando aunque yo no se lo cuente.

Estoy en cama con una gripe que no se me va. Nunca antes me había resfriado en verano pero éste, parece que ando medio debilucha.

No es tan terrible, tiene sus ventajas: mi vieja me trae el desayuno a la cama, me hace mimitos, charlamos, vemos películas viejas y me visitan mis amigos. Con quien me llevo bastante mal es con mi papá.

Es demasiado antiguo. Estricto en tonterías. Muy autoritario. No es que sea mala persona pero... ¡me hace sufrir! Por ejemplo, ahora que estoy en cama y todos mis amigos y amigas me visitan, no deja que Marcos entre. Todos menos él ¡Vade retro Satanás! ¿Cómo va a dejarlo entrar si estoy en cama y sabe que lo amo con pasión? ¿Qué me vea en pijama? ¡Jamás! Lo que el viejo no sabe y no se lo pienso decir, es que Marcos ya me vio en mi traje de nacimiento. Así como vine al mundo: desnudita.

CAPITULO 2

podía ser cana.
Entonces fueron a la plaza que está al lado del mercado, sobre Ciudad de la Paz. Allí sí encontraron un flaco conocido.

— ¿Tenés algo para fumar? – encaró Marcos sin rodeos.

— Sí, pero ésta es muy buena – contestó el flaco.

Esto significaba, no que fuera de mejor calidad que otras veces, sino que les iba a cobrar más caro.

— ¿Cuánto y a cuánto? – preguntó Lucas dejando a Marcos boquiabierto.

— Tres pesos cada uno – apuró el flaco.

Lucas sabía que eso era un robo aquí y en Chile también, pero estaba cansado por el viaje y no quería dar vueltas para conseguir más barato.

— Dame cuatro – ordenó.

El flaco metió la mano en el bolillo interno de su campera de jean y sacando cuatro cigarrillos se los extendió por debajo.

Lucas pagó y partieron.

— ¡Te robó! – dijo Marcos indignadísimo.

— Vayamos a un lugar tranquilo – fue todo lo que Lucas contestó.

— ¿Dónde se consigue “algo”? – preguntó Lucas.

— No lo sé – contestó Marcos.

— No te creo.

— Yo ya no... - intentó esbozar Marcos.

— ¡Vamos! Puede ser que los abuelos se la crean pero ¿yo?

— ¡En serio! – intentó Marcos una vez más.

— ¿Me vas a decir o tengo que investigar por mi cuenta? – contestó cada vez más enojado.

— ¡Está bien! Pero si abris la boca te...

— No te preocupes, yo me encargo de todo.

— ¿Tenés plata?

— ¡Por supuesto! ¿De qué otra forma si no es con plata se puede conseguir? – respondió irónico.

Los abuelos vivían en el barrio de Belgrano, así que era por esos mismos alrededores donde Marcos como un gato, encontró a sus ratones.

Primero fueron a la plaza de Juramento, la de la iglesia redonda, pero no encontraron a ningún conocido y no era cuestión de meterse con extraños, pues cada uno

CAPÍTULO 3

Cuando la conoció, no pudo creer que alguien así existiera sobre la faz de la tierra.

Debería tener más o menos su edad, lo que le hizo sentir cómodo pero... parecía una niña tan de su casa, tan... Alguien como ella no querría mezclarse con alguien como él.

Lo que no sabía era que a pesar de creerse poca cosa, ella ya lo había mirado con buenos ojos. Con hermosos ojos.

Marcos era realmente un gran joven. Sí, era cierto que no estudiaba nada, no se responsabilizaba por nada y para colmo de males estaba aparentemente rumbeando hacia callejones sin salida.

Pero el punto es que, a pesar de todo esto, Marcos tenía algo especial. Un don, podría decirse, que hacía que todas aquellas personas que estuvieran cerca de él, enseguida se sintieran cómodas y felices. El repartía sonrisas a todos en general y a cada uno en especial. Así era su naturaleza.

Habían organizado la fiesta en la casa de Manuel. Si

bien los únicos invitados eran los chicos de la división de Manu, Marcos por ser su primo y andar colgado estuvo invitado.

Para estas fiestas cada uno llevaba algo para comer o para tomar. De esta forma a nadie le costaba demasiado dinero y podían encontrarse casi todos los fines de semana.

De a poco fueron apareciendo los chicos con gaseosas, paquetes de papas fritas y todo tipo de saladitos. La última en llegar fue Clara.

Enseguida todos se fijaron en Marcos. Era el único que no pertenecía al grupo.

Por un lado les daba curiosidad, pero por el otro no les gustaba demasiado que viniera gente nueva.

Esto último les duró poco ya que Marcos con su hermosa tonadita chilena, tomando la guitarra cantó algunas canciones y siguió contando cuatro chistes que los hizo caer de la risa. A esta altura ya nadie lo consideraba nuevo. Marcos ya era uno más del grupo.

— ¿Nadie trajo cerveza? — preguntó

— No, nuestras madres se pusieron de acuerdo y resolvieron que nuestras fiestas iban a ser sin alcohol.

— ¡Qué joda! - contestó Marcos.

— No, no nos parece mal porque en realidad sin
cerveza también la pasamos bien.
— ¿Siempre tomás cerveza en las fiestas? – preguntó
Clara curiosa.
— En las fiestas y fuera de las fiestas. Para mí es como
el agua – dijo jactancioso.
— ¡Qué pena! – contestó Clara ahora asombrada
dejando a Marcos descolocado.
— Sin cerveza es aburrido – agregó Marcos – como si
faltara vida, alegría.
En ese preciso momento, alguien puso música.
— Vení, está todo bien, no hay drama – dijo otra chica
y tomándolo de la mano lo sacó a bailar.
— ¡Qué tarado! – se dijo Clara a sí misma.

La fiesta transcurrió bastante bien. Todos se
divirtieron, bailaron y charlaron.
Marcos, caballero a la antigua, se ofreció para
acompañar a las chicas que vivieran más o menos
cerca de la casa de sus abuelos.
Esto deslumbró a más de una, pues les encantó el
gesto. Las hacía sentir más femeninas.
— Y vos ¿dónde vivís? – preguntó Marcos.
— En Martínez – contestó Clara.

— Bueno, justo en mi camino – contestó Marcos
mintiendo un poco.

Ya en la calle encendió un cigarrillo.
Clara lo observaba. No le gustaban los fumadores
pero... Marcos era distinto.

CAPÍTULO 4

— ¡¡No entra!! – vociferó el padre de Clara - ¡En esta casa se hace lo que YO digo! – Siguió gritando señalándose a sí mismo con un manotón sobre el pecho - ¡Y ya no quiero volver a oír ese nombre en MI casa!

— Pero tenés que entrar en razón – decía la madre de Clara enfrentándolo – Marcos...

— ¡Dije que no quiero oír ese nombre! – gritó haciendo temblar las paredes.

— Sos muy injusto – contraatacaba la madre.

— ¿Injusto yo? – gritaba cada vez más fuerte si es que cabía la posibilidad — ¿injusto yo?

Así siguieron discutiendo largo rato. Clara, que no soportaba oírlos, cerró la puerta de su dormitorio, se tapó los oídos con las manos y lloró. Lloró largo y tendido hasta quedarse dormida.

— ¡Gracias! – tronó el padre abriendo la puerta de su dormitorio - ¡Gracias! Una vez más, tu madre no me habla y todo por culpa tuya – cerró la puerta de un golpe y se fue.

Clara quedó temblando. Temblaba de rabia e

impotencia. Sabía que no era su culpa. Ella era sólo la excusa. Siempre peleaban ¿Los motivos? Siempre por taradeces.

En realidad, tanto su mamá como su papá eran buenas personas, trabajadores y honestos. También sabía que se amaban y mucho pero... no se entendían.

De más chica, soñaba que se divorciaban, que ella viviría a solas y pacíficamente con su mamá y que ya no tendría que soportar tantos gritos. Sin embargo este pensamiento que le producía alivio, le traía también mucha pena. Sus padres se amaban como pocas parejas. Sería tristísima su separación.

A estos pensamientos se sumó la imagen de Marcos icómo lo amaba! Marcos sería el padre perfecto para sus hijos.

Ya lo habían planificado todo. Se casarían al terminar los estudios universitarios y enseguida tendrían varios hijos.

Clara quería estudiar pediatría y Marcos, aún no sabía bien qué.

Querían tener todos los hijos entre los 23 y 28 ó 29 años.

— Lo que pasa es que yo no quiero ser ni la abuela ni la hermana mayor de mis hijos – había dicho Clara.

A Marcos, que no lo había pensado, la determinación de Clara le pareció fantástica.
¿Cómo había podido vivir antes sin él? Se preguntaba asombrada. ¿Acaso no había construido la luna?
Y con este tipo de pensamientos se quedó dormida.

CAPÍTULO 5

Marcos.

Marcos era venezolano. En realidad su padre era chileno y su madre argentina.

EL padre, periodista, se ve obligado a exiliarse en Venezuela después de que Augusto Pinochet tomara por la fuerza el gobierno de Chile el 11 de septiembre de 1973. Justamente, por ser periodista y tener alma de investigador, muy pronto descubrió las atrocidades del sistema de terror que se instalaba en su Chile querido.

No fue por temor que huyó, sino que pensó que desde afuera del país tendría mayores posibilidades de ayudar y defender a su patria. Y así fue pero ésta, es otra historia.

La madre, psicóloga, se exilia también en Venezuela un mes después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 que diera Jorge R. Videla en su Argentina querida. La caza de brujas había comenzado y no quería ser carne de estofado.

Tenía miedo, mucho miedo y como ustedes saben, el

miedo no es sonso.

En Venezuela, el padre pronto consiguió trabajo como periodista. Era realmente excelente y más de un periódico quiso su colaboración. Entre ellos, un periódico de exiliados latinoamericanos.

Allí, se conocieron. Ella trabajaba como psicóloga para intentar ayudar a los necesitados.

Fue amor a primera vista. Eran tal para cual. La pareja perfecta. Los dos respetados en sus profesiones, los dos exiliados y los dos enormemente necesitados de amor, cuidado y raíces.

Pronto esto se tradujo a un hogar con dos hijos. Marcos y Lucas.

En 1989 sucede en Chile algo impactante. Se llama a votación por el SI o por el NO. Se votaba la continuidad o no del régimen de terrorismo de Estado.

El padre de Marcos, no quiso perderse este evento ni como periodista ni como chileno. Así que hizo su pequeña valija y voló a votar.

El voto silencioso de los miles de “desaparecidos”, pesó enormemente en las urnas.

¡Ganó la democracia!

El padre de Marcos quiso volver a vivir a Chile para ayudar, esta vez desde adentro, a reconstruir su tierra

natal.

Pero la madre ya no quería volver a cambiar de país. Le había costado mucho adaptarse a Venezuela y ahora, después de tanto esfuerzo y no siendo ya tan jovencita, no quería volver a empezar.

Decidieron separarse geográficamente por un tiempo y luego verían cómo se sentían.

Los chicos quedaron en principio en Venezuela. Pero a medida que fueron creciendo, el fuerte idealismo de su padre, comenzó a tironearles el corazón. Así fue como Marcos y Lucas, apoyados por su mamá, partieron a Chile a vivir con su papá.

Vivieron un poco aquí y un poco allí y en el medio, visitaban a los abuelos maternos en Buenos Aires.

El respeto y el amor que seguía existiendo entre los padres, hizo que Marcos y Lucas viajaran con libertad de uno a otro, manteniendo siempre el puente tendido.

— Vas a ver — le decía Marcos a Lucas — un día, cuando sean viejitos, van a volver a estar juntos. Vas a ver, yo te lo firmo — decía esperanzado.

— No seas ingenuo — fue lo único que Lucas atinó a responderle.

CAPÍTULO 6

Butron. El amor es más fuerte y se puso de novia con Marcos.

La pasaban realmente muy bien juntos pero, duro poco. Marcos tenía que volver a Chile. Sus vacaciones habían terminado.

Se juraron amor eterno y fidelidad. Prometieron escribirse a diario y cuando pudieran llamarse por teléfono. Se amaban de verdad.

Sobre todas sus pertenencias Clara había escrito: Marcos, Marcos, Marcos, Marcos...

Despierta pensaba en él y dormida soñaba con él. Lo extrañaba horrores. Casi todas las noches se dormía abrazada a su almohada imaginando a Marcos.

Esto transcurría en el invierno de 1994.

Clara tenía catorce años y cursaba segundo año en el Nacional Sanisidrense.

Para ese entonces, Marcos tenía casi 16 años y cursaba tercer año de Liceo en Santiago de Chile.

Pasearon tomados de la mano por todo Buenos Aires, especialmente por la zona Norte. Clara era de allí. Uno de sus paseos predilectos era por las vías muertas del antiguo tren del bajo. Ese que iba costeando el Río de

Clara.

Mejor nombre no podrían haberle puesto.

Clara era una de esas chicas especiales. No se parecía a nadie. No hablaba como nadie. No se vestía como nadie. En fin, era muy particular. No le gustaba la cultura moderna de lo descartable. Quería y respetaba muchísimo a sus abuelos y a sus padres. Le gustaba el romanticismo de las películas antiguas y la insinuación de los besos.

Clara era una de esas chicas que una desearía tener como amiga.

Había tenido un par de noviecitos pero, cuando conoció a Marcos supo que él sería el amor de su vida.

Así y todo, sus sentimientos eran bastante contradictorios. Por un lado sentía que como a él no amaría a ningún otro pero... no le gustaba para nada su forma de fumar y tomar cerveza. Es más, sentía un terrible rechazo a estar con él cuando se “alegraba” un poco más de la cuenta.

“...pero el amor es más fuerte...” cantaba con razón, U.

la Plata. Se sacaron muchísimas fotos. Una de ellas, en la vieja estación Borges en Olivos, la ampliaron y duplicaron. Se los veía realmente radiantes.

Una mañana de esta invierno, caminando por la playita de Acassuso, conversaban sobre ellos. No podían creer que algo tan hermoso, con un sol tan cálido a pesar del frío, los mimara tanto. Su propio amor los maravillaba.

— Somos como Romeo y Julieta — dijo Marcos.

— ¿Si te digo algo no te vas a reír?

— Por supuesto que no — aseguró.

— Nunca leí Romeo y Julieta — dijo Clara con vergüenza.

— No importa, hoy mismo lo compramos y leemos.

Caminaron un rato más en una librería cerca del mástil de San Isidro compraron el libro de Shakespeare.

Se sentaron en la escalera de caracol, la que está cerca de la Catedral a leer.

Almorzaron en la plaza un par de panchos y siguieron apasionados con la lectura.

Pronto comenzó a caer la tarde y al esconderse el sol, el frío se hizo sentir.

— Vayamos a casa — invitó Clara.

— Dale, tomemos unos mates calentitos.

Se subieron al colectivo 168 que los dejaba bastante cerca. En el trayecto siguieron leyendo. Un rato cada uno.

Al llegar a la casa de Clara, prepararon el mate y sirvieron unas facturas que compraron al bajar del colectivo. Se sentaron en el living a seguir leyendo. La historia los había atrapado.

Clara lloró toda la última parte y al final dijo:

— ¡Qué sonso!

— ¿Sonso? — preguntó Marcos desconcertado.

— Sí, por matarse — dijo sin parar de llorar — eso es muy tonto. Yo no me dejaría matar ni me mataría ¡la vida es tan linda! ¡El amor es tan vivo, tan...!

Clara no tenía palabras para explicar lo que sentía. No podía dejar de llorar.

— ¿Por qué llorás?

— Porque me da mucha tristeza un final así. Es muy triste morir cuando se ama tanto ¿no te parece? Para amar hay que estar vivo — agregó Clara sin darse cuenta de lo profundo de su sentir.

Para amar hay que estar vivo.

CAPÍTULO 7

Las vacaciones de invierno llegaron a su fin y Marcos debía volver a Chile. Se despidieron con abrazos, llantos y besos, muchos muchísimos besos.

Se sentían como si ellos hubieran inventado el amor o como si el amor hubiera sido inventado para ellos.

— No te preocupes — dijo Marcos — vuelvo en el verano.

— Pero falta muchísimo.

— Vas a ver que se nos va a pasar volando. De todos modos nos vamos a escribir seguido y cuando podamos nos hablaremos por teléfono.

— Quiero pedirte que me prometas algo — pidió Clara tímida pero resueltamente.

— Lo que quieras.

— Me tenés que prometer que no vas a salir con otras chicas en Chile ni en Venezuela. Yo sé que esto es antiguo, pero... yo no voy a salir con nadie y quiero que vos tampoco.

— No hace falta que me lo pidas — dijo aseguradamente — no hay en mi corazón lugar para nadie más.

— ¿En serio?

— Te lo juro.

Esto fue absolutamente cierto. No hubo en el corazón de Marcos lugar para ninguna otra chica. Pero esto no significó que no salió con ellas. Simplemente no las amó. Sólo la pasaba bien, sin amarlas desde lo más profundo de su corazón.

No era algo que él se propusiera. Simplemente no las amaba. Su corazón era de Clara.

Y por alguna razón, sabía que no tenía que contarle a Clara sobre sus aventuras.

Tanto en Chile como en Venezuela tenía “amigas, más que amigas”.

La segunda mitad del año, se le hizo larguísima a Clara. No veía la hora de que llegaran las vacaciones de verano. Por supuesto, seguía participando de las fiestas de los fines de semana y cuando se distraía, se sentía bien y contenta. Se divertía.

Al principio, los compañeros de la división, un poco por celos, otro por poco por posesivos y un poquitín por chiquilines, la cargaban.

Pero, pasadas las primeras semanas, se dieron cuenta que Clara estaba realmente enamorada de Marcos y que

CAPÍTULO 8

no por eso los quería menos a ellos. Los quería como compañeros de curso. A Marcos le había entregado su amor, su vida.

Carta va, carta viene, la primavera dio paso al verano y para las fiestas de fin de año, Marcos llegó a Buenos Aires.

Este año, pasarían las fiestas en casa de los abuelos maternos. Su madre viajaría desde Venezuela y por primera vez en muchos años, su padre vendría también de Chile y todos juntos despedirían el año.

La relación entre los padres era realmente buena.

— ¿Ves? ¡Te lo dije! — dijo Marcos.

— ¿Qué cosa? — preguntó Lucas.

— Que van a estar juntos otra vez. Te lo dije.

— Sólo por las fiestas — contestó Lucas descreído.

— Bueno, como sea. Por algo se empieza ¿no? — agregó esperanzado.

— Parece mentira que teniendo 16 años pienses como un bebé.

Clara irradiaba felicidad. Con Marcos cerca, la vida tenía otro color.

Clara estuvo invitada en la casa de los abuelos de Marcos para año nuevo, pero no fue. No por falta de ganas sino porque quería estar con sus padres.

Así que la invitaron a almorzar el primero de Enero de 1995.

La comida estuvo riquísima pero lo más importante fue que se sintió muy bien, muy cómoda. Antes de entrar tenía un poco de miedo.

Marcos, que la había pasado a buscar, le decía:

— No seas tonta, la vas a pasar bien. En mi familia, nadie come chicas jovencitas por más lindas que sean.

Sólo yo te comería entera — y diciendo esto último le dio un mordiscón en la mejilla.

— ¡Qué bruto!

Cuando llegaron a la casa de los abuelos, la madre se estaba bañando, el padre había salido a comprar pan y el abuelo ponía la carne sobre la parrilla, mientras la abuela ponía la mesa.

Nadie gritaba. Todos se trataban bien.

— ¡Hola! — saludó la madre abrazándola — ¡Qué linda que sos! Con razón Marcos anda tan enamorado — agregó sonriendo.

— Usted también es muy linda — contestó Clara sinceramente.

— Vení, acompañame a secarme el pelo ¿quierés?

— Claro — respondió Clara caminando detrás de ella hacia el desordenado cuarto.

En realidad, lo del pelo había sido una excusa. La madre de Marcos quería conversar un ratito con ella para conocerla y...

— Realmente, qué bonita que sos.

— Gracias, usted también.

— Por favor, me llamo Claudia, no me digas de usted.

— Bueno, como le parezca — contestó Clara.

— Como TE parezca — corrigió la mamá sonriendo.

Qué hermosa sonrisa, pensó clara para sí. Qué linda señora. Cuando yo sea grande quisiera ser como ella.

El asado estaba riquísimo. Todos aplaudieron al abuelo: el parrillero oficial de la familia.

Clara estaba asombrada por muchas cosas. Por un lado por el clima de alegría que se vivía. Esto no pasaba jamás en su casa. Claro, pensó, debe ser porque muy

pocas veces están juntos.

Por otro lado le había llamado muchísimo la atención que Marcos no hubiera tomado ni una gota de vino ni de cerveza.

Cuando salía con ella, siempre tomaba ¿por qué ahora no? Después se lo preguntó, pensó.

Y Lucas que también solía tomar muchísimo, tomó sólo gaseosas.

La madre le preguntó por su familia, por su escuela, por sus sueños, en fin, un poco de todo.

Cuando terminaron de comer, entre Clara y la mamá de Marcos, levantaron los platos de la mesa. Para sorpresa de todos, Lucas se ofreció para lavarlos.

— Sólo por ser el primer día del año — abrió el paraguas antes de que lloviera.

— Algo es algo — dijo la madre riendo.

Clara no salía de su asombro ¡qué linda sonrisa! ¡Cuánto que se ríe! Parece la mujer más feliz del mundo.

Y no estaba errada.

Claudia, la madre de Marcos, se sentía inmensamente feliz. Como en un sueño. Todas las personas que más amaba en su vida estaban juntas, sanas, felices ¿Qué más se le puede pedir a esta vida?

¡Que dure! Que estas semanas de veraneo sean eternas.
Que la magia los mantenga unidos.

Clara, que era muy sensible y perceptiva, pronto sintió la mirada de amor que Claudia le dedicaba a su lejano esposo.

¿Se le notaría también a ella el amor en los ojos? ¡Qué vergüenza! ¿Y qué si se le notaba? ¿Acaso tenía algo de malo? ¡Claro que no!

Más miraba a la mamá de Marcos y más quería parecersele.

Las dos sentían inmensa pasión por sus hombres.

Las dos sentían oceánica soledad en la distancia.

CAPÍTULO 9

Muy a pesar de todos, el verano pasó como el vuelo de las golondrinas.

Una sucesión de asados, caminatas, películas, salidas, besos, abrazos, interminables bailes.

Eran tal para cual.

Sólo en dos temas se distanciaban.

Uno era el de las adicciones. Marcos tomaba mucho, demasiado alcohol y fumaba mucha, demasiada Marihuana.

Clara no entendía. No aceptaba.

— ¡Está mal! — lloraba al borde de la desesperación — ¡está mal! ¿No entendés?

— No, no entiendo — se defendía Marcos ofendido.

— ¿No te alcanzo? — preguntó en voz baja — ¿Por qué necesitas dejar de ser vos para estar conmigo?

— ¿Dejar de ser yo? ¿Qué decís?

— Es como si no te animaras.

— ¿A qué?

— A estar bien, a ser una persona normal.

— ¿Normal? ¿Cómo es la gente normal?

CAPÍTULO 10

— La gente normal no se fuma la vida, ni se emborracha para pasarla bien.

— ¡Yo no necesito emborracharme para pasarla bien. Ni tampoco necesito fumar Marihuana!

— ¿No? ¡Demostrámelo!

La verdad es que no se lo pudo demostrar nunca.

— Fumo porque quiero — argüía.

Y Clara no respondía. Simplemente se limitó a poner una regla de juego: si quería estar con ella, no podía tomar ni fumar nada, caso contrario, lo dejaría solo. Y así lo hizo.

El otro tema que los distanciaba eran las relaciones sexuales.

Marcos, con sus 16 años moría de ganas pero Clara, con sus escasos 14 años se sentía aún muy jovencita. No por falta de ganas sino que le parecía que no iba a poder vivirlas con felicidad, con cuidado y con placer. Quería esperar un poco más.

El fuego los quemaba.

Tercer año comenzó a los tropezones.

Marcos se había vuelto muy enojado a Chile, dejando a Clara hecha un manojo de lágrimas.

Ese año comenzaron las fiestas de 15 de las chicas.

Clara no fue a las dos primeras pero luego, por insistencia de su madre que sufría viéndola tan sola, tan triste, comenzó a salir.

Fue en la fiesta de Florencia donde conoció a Nicolás, el primo de Florencia.

Clara no quiso bailar pero Nicolás fue muy insistente. El salón donde festejaban el cumpleaños era muy hermoso. Lleno de flores y globos, con excelente iluminación y rinconcitos románticos. La música también estaba muy bien elegida.

Bien entrada la noche, comenzaron a poner ritmos más suaves. Nicolás ni lento ni perezoso, abrazó cálidamente a Clara.

Clara se dejó abrazar y ni se dio cuenta cuando Nicolás comenzó a besarle el cuello. Tenía los ojos cerrados y bailaban muy juntos. Se sentía bien, muy bien después

CAPÍTULO 11

de tanto tiempo de soledad y tristeza.

Fue ella quien buscó los labios de Nicolás. Se besaron con ternura, con calor, con é pasión?

Nicolás, la llevó bailando hacia un jardincito de invierno que tenía el salón. El lugar estaba muy bien decorado, muy bien preparado para el amor. La música se escuchaba suave y la luz era tenue.

Clara se dejó llevar. Se sentía muy bien hasta que...

— ¡No! — gritó ahogadamente levantándose de un salto.

— ¿Por qué? — fue todo lo que Nicolás preguntó.

¿Qué le iba a explicar? ¿Qué podía decirle sin ofenderlo? Ella sólo deseaba que esa mano que con tanta ternura le había acariciado el pecho por debajo de su blusa, hubiera sido la de otra persona.

Se había negado a Marcos a quien tanto amaba y ahora é así como así se entregaría a los brazos de un perfecto desconocido?

Le dio tanta pero tanta vergüenza que sin dar ninguna explicación, se levantó del sillón en el que se habían recostado y salió corriendo.

Marcos, Marcos, Marcos sollozaba en voz baja.

“Estas vacaciones no puedo ir a verte.

iTe amo con el alma!

Marcos”

Era todo lo que decía la carta. La única carta que había recibido en todo el año. El corazón se le hizo añicos.

Esperaba verlo ese invierno pero...

Se pasó las dos semanas de las vacaciones recluida en su dormitorio. Apenas si salía para comer o ir al baño.

Tenía los párpados hinchados de tanto llorar y no quería mostrarse así ante su familia.

— ¿Qué le pasa a esa chica? — preguntó el padre.

— Mal de amores — contestó la madre.

Y con esto se terminó el tema.

A principios de Agosto retomaron las clases.

— ¿Qué vas a hacer para tu cumple de 15?

— Nada — contestó Clara.

— ¿Nada? — preguntó Florencia incrédula.

— Nada, no tengo ganas de nada.
— No seas sonsa, seguro que estás así por Marcos.
— Y si fuera eso ¿qué? ¿No tengo derecho a estar triste? ¡Sí, estoy triste!
— Nadie dice que no podés estar triste pero énos vas a dejar colgadas sin fiesta? — dijo pícara — ¡Dale! ¿Qué te cuesta armar una fiesta para nosotras? Pensalo.
— Bueno, lo voy a pensar, puede ser, qué sé yo.

Y así fue como nació la idea de la fiesta de Clara. Los padres se pusieron muy contentos de ver que por fin Clara se interesaba por algo y había dejado de llorar.

— Pero sencilla — decía Clara a su mamá — a mí no me gustan las fiestas en salones. Hagamos algo lindo en casa.

— Bueno y ¿a quién querés invitar? — preguntó la madre.

A Marcos, fue todo lo que pensó, pero calló.

— A los chicos de la división ¿está bien?

— A quien quieras, es tu fiesta y lo único que quiero es verte feliz — diciendo esto último la abrazó con mucha ternura y juntas lloraron una en brazos de la otra.

— Che ¿qué le regalamos a Clara para el cumple?

— preguntó un chico de la división.

— No sé ¿de cuánto disponemos? — preguntó otro.

— Yo tengo una idea — decía la mejor amiga de Clara — pero no sé si ustedes van a estar de acuerdo.

— ¿Qué es?

— Algo que la va a hacer superfeliz.

— ¿Qué cosa?

— Antes de decirles quiero saber cuánto dinero podemos juntar para el regalo.

— ¿Les parece 10 pesos cada uno?

— Me parece que es mucho.

— ¿Cuánto te parece bien poner?

— Bueno, en realidad depende del regalo.

— Dale, decinos lo que pensaste — la apuró un compañero.

— ¿Qué creen ustedes que es lo que ella más desea? ¿Qué la haría más feliz que cualquier otra cosa? — dijo la amiga.

— ¡Ya sé! Le envolvemos a Marcos en un paquete.

— ¡Exactamente! ¿Cómo adivinaste?

— Lo dije en chiste.

— Pero diste en el clavo. Yo sé que Marcos no vino en las vacaciones porque no tenía dinero para el pasaje y también sé que no hay nada en este mundo que la haga

más feliz que verlo ¿qué opinan?

— Me parece hermoso — dijo una chica secándose las lágrimas — ¡Muy romántico! Y me gustaría ser parte de tanto amor.

Nadie entendía bien qué era lo que sucedía. Clara, con su historia de amor los había transformado. Todos deseaban verla feliz, verla sonreír otra vez.

Además, si la historia de Clara salía bien, significaba que el amor de verdad, ese que sólo veían en las películas, existía. Y ellos, todos ellos, tanto las chicas como los chicos, desesperadamente querían creer en el amor. Querían sentirlo. Querían vivirlo.

— Yo averigüé. El pasaje cuesta 150 dólares. En la división somos 30. Si todos participamos, tendríamos que poner 5 pesos cada uno. Pero no sé quiénes quieren participar del regalo.

— Yo — dijo un chico levantando su mano.

— Yo también — dijo otro.

— Yo — se sumó una chica.

— Por supuesto que yo también — dijo Florencia.

— Y yo.

— Y yo.

Y así fueron aceptando los 30 compañeros de la

división.

— ¿Podrán traer el dinero mañana así compramos el pasaje?

— Yo me encargo de juntarlo — dijo un chico.

Intentar hacer feliz a Clara les daba felicidad a todos ellos.

CAPÍTULO 12

El día anterior a la fiesta de Clara, todos se reunieron en la casa de Manuel, el primo de Marcos.

Eran las 6 de la tarde cuando sonó el timbre. La única que faltaba llegar era Clara.

En realidad ella no sabía de esta reunión.

Manu la había invitado simplemente a conversar, diciendo que tenía un mensaje de Marcos para ella.

— ¡¡Shhhhhhhhh!!!

— ¡No hagan ruido!

— Escondámonos en la cocina — dijo uno en voz muy bajita.

— ¡Pronto!

Todos, incluyendo Manuel, se escondieron dejando la puerta de calle abierta.

Clara golpeó y llamó. Finalmente decidió entrar.

En el medio del living, había una caja enorme, de esas en las que vienen las heladeras, atada con piolín y con un enorme cartel que decía:



Clarita



¡¡¡ Feliz Cumple!!!



¡Te requeremos!

Y un montón de corazoncitos dibujados.

Sospechando que era una cargada y que había alguien o alguien escondidos miró por todos lados.

Finalmente decidió abrir el paquetón.

— ¡Charán! — cantó Marcos saliendo de entre los pedacitos de telgopor — ¡Feliz cumpleaños amor!

De golpe aparecieron todos los chicos que estaban escondidos en la cocina pero Clara no los veía. Sólo lloraba de emoción, de alegría y besaba una y mil veces a Marcos.

— Este es nuestro regalo — dijo Manuel.

— ¿Te gusta? — preguntó Florencia.

— Ustedes son fabulosos — agradeció Clara dándole un beso a cada uno — ¡Son divinos! ¡Nada me hubiera hecho más feliz! ¡Gracias!

— ¿Qué les parece si la dejamos solita para que se lo pruebe? — rió otro.

— ¡Chau!

— ¡Hasta luego!

— ¡Ojo, que enseguida volvemos! — dijo otra poniéndose la campera.

Cuando todos se hubieron ido, Marcos abrazó a Clara y comenzó a besarla, a susurrarle cuánto la amaba y cuánto la había extrañado.

CAPÍTULO 13

Se sentaron en el sofá abrazados. No podían dejar de besarse. ¡Cuánto amor! Y los besos se convirtieron en caricias y pronto lo dos estuvieron desnudos. Hicieron el amor por primera vez, pero parecía como si de tanto soñarse, ya lo hubieran hecho anteriormente.

Para variar, Clara lloraba de la emoción.

— ¡Te amo! — Se decían una y mil veces.

— ¡Te quiero con toda mi alma! — dijo seria Clara

— ¡Te amo como jamás podré amar a otra persona!

Querían estar a solas, así que antes de que volvieran todos a la casa de Manu, decidieron irse dejando una notita sobre la misma caja en la que habían escondido a Marcos.

“¡Gracias, una y mil veces GRACIAS!”

¡Los amamos!

Clara y Marcos

PD: ¡Por favor, no se enojen por nuestra fuga!

La fiesta de Clara fue un éxito. Sencilla y cálida. Entre Clara y la madre habían preparado cantidades de empanaditas de copetín: de carne, de choclo y de queso con cebolla. Prepararon también canapés y la abuela, genia de la repostería, cocinó una torta ¡qué torta! No dejaron ni las migas.

El ambiente irradiaba amor y felicidad.

Clara no cabía en su piel de tanta emoción, y esto era contagioso. Todos estaban felices. Los padres que tanto habían sufrido en silencio por verla tantos meses tan triste, se sentían los padres más dichosos sobre la tierra

Sabiendo que no habría cerveza ni nada de alcohol, Marcos se había venido munido de una petaquita y una lata de cerveza. Cuando Clara lo vio, se enojó muchísimo.

— ¿No podés prescindir de esa basura?

— Claro que puedo, pero... no quiero — Fue todo lo que le contestó y se fue dando por terminada la charla.

Lo que no le dijo fue que esto no era nada, que en estos meses que habían estado separados, él se había prendido a la Marihuana prácticamente todos los días. Sabiendo que Clara no lo aprobaría de ninguna manera, ni tampoco lo aceptaría de saber de sus “aventuritas”, decidió callar.

Un rato más tarde, como si nada hubiera pasado fue a sacarla a bailar. Clara no tenía ganas de estar enojada. Hacía mucho que extrañaba a Marcos y no iba a arruinar todo lo hermoso que habían sentido el día anterior por una simple cerveza.

— Jurame que no vas a tomar cuando estés conmigo — pidió Clara.

— Te lo juro — fue todo lo que dijo y selló el pacto con un dulce, tierno y apasionado beso.

Al verlos así, todos dejaron de bailar e hicieron un círculo a su alrededor. Miraban y aplaudían a la feliz parejita. También los padres se emocionaron con tanto amor y salieron a bailar abrazados también ellos.

El aplauso de los chicos se hizo sentir más fuerte aún.

Más de una parejita se formó esa noche.

— Hasta que la muerte nos separe — susurró Clara al oído de Marcos — En salud y en enfermedad, en riqueza y en pobreza...

— Para siempre, cerca o lejos, siempre te voy a amar — y la volvió a besar.

CAPÍTULO 14

- ¿Estás loca? — gritó Florencia — ¡No lo puedo creer!
- ¡Pará! No te lo conté para que te pongas furiosa, de haberlo sabido no te lo contaba.
- Bueno, tenés razón, no tengo que gritar pero cómo pudiste hacer algo así?
- Es que no estaba preparada. No sabía que lo íbamos a hacer. Ni siquiera sabía que él estaba en Buenos Aires. Es cierto que mil veces soñé y deseé hacer el amor con él, pero nunca pensé que iba a ser así, tan repentinamente.
- ¿Y qué pensaste?
- Pensé que lo íbamos a preparar. Que lo íbamos a charlar. Que íbamos a buscar un lugar romántico y no el living de la casa de Manu ¡qué sé yo!
- Y cómo pensaste que se iban a cuidar? — inquirió Florencia.
- Pensé que como él es más grande y tiene más experiencia que yo, que no tenía ninguna, que él iba a saber qué hacer, cómo cuidarse.

- ¡Qué tarada! Así que dejás en manos de un extraño tu cuerpo. ¿Y si te quedás embarazada o te contagiás de SIDA?
- No lo pensé, pero no me voy a quedar embarazada porque hace dos días que se me fue la menstruación y lo del SIDA cómo se te ocurre? Nos conocemos hace años. Es el primo de Manu y...
- ¿Y qué?
- Que lo conozco hace un montón y a toda su familia. Conozco a su mamá, a su papá, a sus abuelos — decía entrando en desesperación.
- Y eso cómo te protege?
- ¿Cómo creés que se hubiera cuidado Nicolás el día de tu fiesta de quince?
- ¿Qué Nicolás? — preguntó Florencia.
- Nicolás, tu primo acaso no te diste cuenta que quiso tener “algo” conmigo?
- No, no me di cuenta. Y si hubiera sido ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando? No entiendo por qué nos estamos peleando.
- Porque a vos te pone mal que yo haya hecho el amor con Marcos.
- ¡Nada que ver! Me encanta que se amen. Lo único que me preocupa es que no te cuides — y diciendo esto

último, la abrazó.

Clara era su mejor amiga y lo único que deseaba era que estuviera bien. Nada más ni nada menos. Para nada deseaba lastimarla, al contrario, quería protegerla para que nadie la lastime.

— Tengo una idea — dijo — Si bien yo aún no tuve relaciones sexuales, mi vieja me llevó a una ginecóloga muy piola ¿Qué te parece si le pedís un turno? Ella te va a poder explicar todo mucho mejor que yo.

— Pero me da vergüenza. Además no tengo plata.

— Pedile a tu mamá.

— ¿A mi vieja? ¡Me va a matar!

— Me parece que no la conocés bien. Tu vieja es excelente. Por ahí se shoquea un poco pero al final vas a ver que te hace gamba. Creéme, en estos casos, lo mejor es que te respalde tu mamá. ¿Quién te va a cuidar más que ella? ¿Quién te puede amar más que ella?

— Marcos — dijo sin siquiera pensarlo.

— Él te ama a su manera, pero él no te cuida, de hecho, no lo hizo ¿o me equivoco?

— No me gusta que hables así, como si fueras mi hermana mayor, como si fueras superior.

— No te enojés conmigo, sólo te quiero como a nadie y

deseo ayudarte.

— ¡Pero no me ayudás! — dijo enojada y se fue.

Sin embargo esa noche, mientras ayudaba a su mamá a preparar la cena, buscó las palabras precisas para hablarle pero no le salieron. Fue la madre quien las dijo.

Clara se sorprendió con la naturalidad con que su madre encaró el tema. Como si lo hubiera sabido.

Después de la cena, el padre se fue a dormir y ellas se quedaron conversando hasta tarde.

En algunos momentos, la madre le hablaba de mujer a mujer y en otros de madre a hija. Se mostró bastante preocupada por el tema del SIDA. No se le había ocurrido, pero Clara le contó toda la conversación que había tenido esa tarde con Florencia.

— ¡Qué buena amiga que tenés en Florencia! — fue todo lo que dijo.

— Si pido una hora con esa ginecóloga ¿me darías el dinero?

— Por supuesto y si querés, me encantaría acompañarte. No tengas miedo, te esperaría en la sala de espera para que puedas hablar a solas con ella.

— ¡Sos divina! — y la abrazó.

CAPÍTULO 15

- ¡Qué bueno que hayas venido! — fue lo primero que le dijo la ginecóloga — No es habitual que vengan chicas jovencitas, y es una lástima que no lo hagan. Me alegra que estés aquí.
- La calidez de la médica enseguida hizo que Clara se relajara. Había llegado con mucho miedo y mucha vergüenza.
- ¿En qué puedo ayudarte? — fue lo primero que le preguntó.
- Bueno, no sé qué le tengo que contar.
- Todo — dijo sonriendo.
- ¿Por dónde empiezo?
- Por el principio ¿Qué te parece?
- No sé. Y si usted me pregunta lo que necesita saber.
- Bueno, probemos. Si te pregunto algo que no quieras responder, no lo hagas. No te sientas obligada ¿está bien?
- Estas palabras fueron como un “ábrete sésamo”, se sintió cómoda, comprendida, y respaldada.

- Contame de vos ¿cómo te llamas? ¿cuántos años tenés? ¿a qué colegio vas? ¿cómo son tus amigos? ¿cómo es la relación con tus padres? Además del colegio ¿en qué pasas tu tiempo? ¿Qué te gustaría estudiar luego? En fin... contame todo lo que creas que sea importante para que yo te conozca.
- Así, en un ratito, Clara relató su vida y por supuesto habló también de Marcos y del amor que sentía por él.
- La doctora escuchaba con mucha atención y calidez.
- Así que querés estudiar pediatría ¡qué lindo! Cuando estés en la facultad, si querés, te puedo prestar un montón de material interesante para que leas.
- ¿En serio?
- Por supuesto, por qué no. Vos parecés una chica cuidadosa así que...
- Más o menos cuidadosa, por eso estoy aquí.
- A ver, contame por qué estás aquí.
- Bueno, yo le conté que tengo un novio que se llama Marcos y que vive en Chile. Lo que no le conté es que el otro día hicimos el amor y...
- La doctora esperó en respetuoso silencio, en cálido y acompañador silencio.
- No nos cuidamos — dijo en voz baja — y ahora tengo

miedo.

— ¿De qué?

— Sé que no puedo estar embarazada porque recién se me iba la menstruación. Lo que no pensé en ese momento fue en el SIDA y ahora...

— Lo del embarazo no es así, sí podés quedar embarazada porque...

Clara no le dejó terminar la explicación, en ese momento lo que la atormentaba era el fantasma del SIDA, así que volvió sobre ello a lo que la doctora respondió:

— No es así como te tenés que cuidar. Sí, podés quedar embarazada, pero eso te lo explico en otro momento, vayamos a lo que más te preocupa. Por lo que me contás de Marcos, es bastante improbable que te hayas contagiado...

— Es que hay algo que no le conté y es que Marcos, que yo estoy segura que él... — no pudo terminar porque se largó a llorar.
La doctora le alcanzó unos pañuelillos de papel.

— Marcos es muy bueno, yo sé de corazón que él me ama y mucho, pero también sé, aunque no me lo diga, que sale con otras chicas en Chile y en Venezuela. Sé que no las quiere, pero estoy casi segura que tiene

relaciones sexuales con ellas y... — otro acceso de llanto impidió que siguiera hablando.

La doctora escuchaba muy seria, muy preocupada. Estábamos en 1995 y ya se sabía que el SIDA no era, como se pensó en un comienzo, una enfermedad que sólo atacaba a los homosexuales y a los drogadictos que se inyectaban y compartían las jeringas.

El SIDA era una enfermedad que no reconocía fronteras, ni status, ni diferencias.

Por algún motivo que no podía precisar, Clara se instaló en su ser. Como si fuera su propia hija. Quiso protegerla de todo, sintiendo que quizás, ya era un poco tarde.

Esperando que su intuición estuviera errada, decidió explicarle todo lo que sabía acerca del SIDA, especialmente cómo protegerse.

Para evitar que Clara se sintiera mal, acusada, perseguida, culpable o acorralada, le propuso hacer una reunión en su consultorio, para ella y sus amigas. Una reunión explicativa. Por supuesto no les cobraría.

Quedaron en hacerla dentro de una semana para que Clara tuviera tiempo de invitar a quien quisiera.

En realidad quien también necesitaba tiempo para

CAPÍTULO 16

prepararse era la doctora. Hablar sin censura y con todas las letras, admitiendo que las relaciones sexuales eran mucho más que la penetración vaginal por el pene, no era fácil. Sentía que al encarar así el tema, desnudaba su propia intimidad. Que las chicas descubrirían que tipo de relaciones amorosas ella, la doctora, mantenía. Y éste no era su propósito. Su único objetivo era dejar toda mojigatería y los prejuicios de lado para poder cuidar a estas chicas.

Consultó con sus colegas para ver cómo tocaban el tema con los pacientes. Grande fue su sorpresa al comprobar la represión que existía al respecto. Nadie era realmente claro.

Así que decidió juntar toda la información científica sobre el tema, que no era mucha y brindársela a las chicas con toda contundencia. Quería ponerlas en resguardo.

No para que no hicieran el amor, sino para que pudieran hacerlo tranquilas y con felicidad.

Era bastante común que a partir de tercer año comenzaran a juntar dinero para el viaje de egresados.

Habían decidido reunirse el fin de semana en la casa de Nacho para ver qué cosas iban a hacer para lograr ahorrar la cantidad necesaria de dinero sin tener que pedirles nada a los padres. La asistencia fue perfecta. Era una división muy unida.

Todos estaban llenos de ideas: organizar fiestas en boliches invitando a otras divisiones y cobrándoles la entrada, organizar rifas, vender porciones de torta en los recreos, lavar autos, juntar diarios viejos casa por casa y luego venderlos a una recicladora, en fin, las posibilidades eran muchas. También eran muchas las ganas.

Clara aprovechó la reunión para invitarlos a la charla con la ginecóloga.

— Yo no tengo novio y soy virgen todavía ¿para qué voy a ir? — preguntó una chica.

— Para desasnarte — contestó uno de los muchachos

sorprendiendo a Clara.

- ¡Me estás diciendo burra! — dijo ofendidísima.
- No — corrigió Clara — lo que él quiere decir es que ninguno de nosotros sabe demasiado sobre el tema y...
- Yo me cuido con forros — dijo uno de los chicos como para relajar la situación.
- Nunca habían hablado así pero enseguida engancharon bien.
- ¿Alcanza? Yo escuché que no sirven siempre — dijo Florencia con más conocimiento que los demás o mejor dicho admitiendo su propio desconocimiento.
- Estaban por empezar a discutir sobre si alcanzaba o no cuando Clara, atinadamente dijo:
- Propongo que no discutamos entre nosotros porque ninguno sabe mucho. Qué les parece si sin discutir, anotamos todas nuestras preguntas aunque pasemos por tarados y se las llevamos a la doctora.
- A mí me da vergüenza — dijo un muchacho.
- ¡Qué sonso! — lo cargó otro.
- ¡No seas tarado! — exigió Clara — si no logramos respetarnos en lo que sabemos, en lo que no sabemos, en nuestra timidez, en nuestro atrevimiento, en nuestra vergüenza o en nuestra inocencia, no vamos a

llegar muy lejos. Somos amigos o ¿qué?

- Clara tiene razón — dijo Florencia — y yo además tengo una idea que creo que nos va a ayudar. Qué les parece si cada uno de nosotros anota en un papel sus preguntas y sus inquietudes y sin firmarlo lo pone en un sobre. Después le damos todos los sobres a la doctora y ella...
- ¡Pobrecita! — rió un muchacho.
- Esto distendió bastante los ánimos.
- Si quieren podemos empezar ahora y después cada uno en su casa sigue escribiendo. Luego juntamos todos los sobres ¿qué les parece?
- Me parece muy bien ¿alguien tiene hojas y lapiceras?
- Ya traigo algunas — dijo el dueño de casa.
- Yo me tengo que ir ¡qué lástima! — dijo Manuel — pero en casa voy a anotar mis preguntas.
- Los demás se quedaron escribiendo y charlando. El que fuera una división unida y organizada, ayudó mucho. Sabían trabajar en equipo.
- Al promediar la tarde, fueron muchísimas las preguntas acumuladas. Incluso daba la impresión que al haberse sentado a pensar y escribir, se les ocurrían cosas que antes ni se les había pasado por la cabeza.

Pero todo fue privado, por no decir secreto. Aún no se animaban a hablar siquiera entre ellos.

CAPÍTULO 17

Dos días más tarde, casi todos los chicos habían entregado su sobre.

— No lo vas a leer ¿no? — preguntó uno.

— No — respondió Florencia que se encargaba de juntarlos — quedamos que eran privados y anónimos.

— ¿Seguro?

— Bueno, en realidad no tenés por qué confiar en mí, si preferís podés dárselo directamente a la doctora.

— No, está bien, tomá — y se fue rápido.

— Che ¿y lo del viaje de egresados no nos ocupamos más?

— Claro que sí ¿no escuchaste que estamos organizando una fiesta en el CASI para fin de mes?

— ¡Qué bueno! No había escuchado nada. Claro, como falté porque estaba engripado, quizás fue justo ese día y ¿qué tenemos que preparar?

— El que se está encargando de organizar todo y repartir las tareas es Nacho ¿por qué no le preguntás a él? Pero de todos modos te cuento que es como siempre: hay que encargarse de vender las entradas,

tratar de llevar la mayor cantidad de gente posible, ocuparnos por turnos del guardarropa, organizar una súper-rifa, en fin, un poco de todo, pero creo que lo más importante es invitar a mucha gente.

— ¿La rifa se vende aparte?

— No, con el número de la entrada.

— Y ¿qué vamos a rifar?

— Parece que un mini componente.

— ¿Un mini componente? ¡Eso es muchísimo, cuesta un montón de plata!

— Sí, pero no sé quién lo consigue baratísimo en el negocio de un cliente de su papá.

— ¡Qué bueno! Con una rifa así, va a venir todo el mundo.

— Lo que todavía no sabemos es quién va a pasar la música.

— Yo tengo un primo más grande, que antes trabajaba de DJ y tiene muchísimos discos.

— Pero deben ser todos de otra época.

— ¡Qué poco que entendés de esto! ¿No te diste cuenta que casi toda la música que escuchamos nosotros es la misma que escuchaban nuestros viejos?

— ¡Dale!

— Por supuesto. En casa tengo discos de Los Beatles,

Bob Marley, Mick Jagger, Sui Generis, Los Rolling Stones, además de dónde te crees que Luis Miguel inventó sus temas ison boleros de la época de nuestros abuelos!

— ¡Uy! Me tengo que ir, llego tarde a inglés.

— Bye! — saludó burlón.

CAPÍTULO 18

El jueves, la doctora esperaba a Clara a las 6 de la tarde. Supuso que vendría con un par de amigas, por lo cual, acomodó el consultorio agregando unas sillas de la sala de espera.

Unos minutos antes de las 6, sonó el timbre. Grande fue su sorpresa al recibir a un muchacho alto y flaco.

— Soy compañero de Clara, vengo a la reunión ¿es aquí?

— Sí, claro, pasá — respondió invitándolo a entrar.

A partir de ese momento y por 10 minutos, el timbre no dejó de sonar. Uno detrás de otro iban llegando todos.

Las últimas fueron Clara y Florencia.

La doctora los contó en silencio: veintiocho, veintinueve, treinta treinta chicos! No lo podía creer.

Solos se fueron acomodando. Corrieron las sillas y el escritorio hacia un rincón y se sentaron en el suelo sobre la alfombra.

¡Qué organizados! Pensó la doctora.

Una vez que se hubieron acomodado todos, la doctora se sentó sobre dos almohadones. La reunión pintaba larga y ella ya no era tan jovencita.

— ¡Qué grata sorpresa! — fue lo primero que dijo saludándolos y como para romper el hielo — parece que todos están interesado en el tema. ¿Por dónde quieren empezar? ¿Quieren que yo les pregunte? ¿Quieren hacerme preguntas?

— Si no le parece mal, nosotros ya escribimos parte de nuestras dudas en sobres cerrados y ¡aquí están!

— dijo poniéndole la pila de sobres en sus manos.

— ¡Bueno, bueno! Parece que estuvieron trabajando mucho. Los voy a leer y los ordeno como para no repetir preguntas ¿les parece bien?

— Claro.

En pocos minutos la doctora leyó todas las preguntas en silencio. Decididamente los chicos querían saber todo del principio al fin ¡qué bien! Pero ¡qué difícil!

— Hagamos una cosa — propuso — voy a ir contestando de a poco todos los interrogantes, si a medida que voy hablando se les ocurren más preguntas o hay algo que no entienden, no tengan problema en interrumpirme y preguntar ¿de acuerdo?

— Sí — contestaron todos.

— Bien, entonces comencemos por el principio. Alguien de ustedes pregunta ¿qué es el SIDA? El SIDA es una enfermedad que afecta o ataca a nuestro sistema inmunológico, es decir a nuestras defensas corporales. Entonces quedamos expuestos a contraer cualquier enfermedad pero ya con menores posibilidades de combatirla por nosotros mismos.

— ¿Qué enfermedades? — preguntaron.

— Tuberculosis, neumonías y meningitis, entre otras enfermedades. El problema es: que si nuestro sistema de defensas está dañado, hasta una simple gripe deja de ser simple.

El silencio entre los chicos se hacía cada vez más pesado.

— Leo otra pregunta ¿cómo se contagia el SIDA? Generalmente es a través de relaciones sexuales, por el uso de jeringas y agujas usadas, por los tatuajes si no se usan agujas y tinturas propias, en las transfusiones sanguíneas no controladas y por contagio de la mamá al bebé durante el embarazo y el parto.

Aquí viene otra pregunta que me parece muy importante. Pero, yo no sé qué es lo que ustedes saben acerca de sexo y relaciones sexuales.

— Todo y nada — contestó Florencia — mejor haga de

cuenta que sabemos nada, así nos explica todo porque puede ser que lo que sabemos sea equivocado.

— Además, algunos de nosotros ya tenemos experiencias como yo — dijo un compañero dándose importancia — y otros no.

— Bueno, voy a empezar de cero, espero que no se aburran. La pregunta dice así ¿Se contagia igual teniendo relaciones sexuales por la vagina que por el ano?

— ¿Se pueden tener relaciones por el ano? No lo sabía — dijo Manuel admitiendo su ignorancia.

— Sí, se pueden tener relaciones sexuales de muchas maneras. La más habitual es vaginal pero las otras formas no dejan de ser habituales.

— ¿Es normal por el ano? — preguntó Clara.

— Es difícil hablar de normalidad, lo importante es que también puede hacerse y hay que saber cómo protegerse. La pared de la vagina está preparada para mantener relaciones sexuales, no así el ano. Cuando se mantienen relaciones, al excitarse la vagina segrega un líquido llamado flujo que la lubrica facilitando la introducción y fricción del pene. En el recto — continuó la doctora — no existe tal flujo y la mucosa se lastima fácilmente. Entonces, a través del contacto de

la sangre con el semen podría producirse la infección.
— ¿Y con las relaciones orales? — preguntó un chico que había estado callado hasta ese momento.

Más de uno lo miró extrañado pero por respeto a la reunión no dijeron nada.

— ¿Qué son? — se atrevió a preguntar una compañera.

— Es cuando un hombre te besa la vagina, o vos a él el pene — contestó Nacho asombrando a todos, especialmente a la doctora.

— ¡Qué asco! — se escuchó por lo bajo y todos rieron distendiéndose.

— En cuanto a las relaciones sexuales orales, que Nacho explicó muy bien como son, la medicina tiene dos opiniones. Hay quienes piensan que son seguras. Otras personas, entre las que me incluyo, consideran que no son seguras. Y como casi nadie usa en ellas preservativos, pienso que no hay que mantenerlas a menos que estemos absolutamente seguros que esa persona no está infectada. Es necesario cuidarse siempre.

— Y cómo podemos saber si una persona está infectada con el virus del SIDA? — preguntó Florencia.

— A menos que se haga un análisis de sangre, el tan

llamado HIV, es imposible saberlo — contestó la doctora.

— Entonces todos deberíamos hacernos ese HIV y pedirle a los demás que se lo hagan si quieren tener relaciones sexuales con nosotros.

— ¡Eso sería discriminación! — protestó Juan que hasta entonces no había dicho palabra.

— ¡No, para nada! — se defendió el anterior — eso es el instinto de supervivencia liso y llano. Yo no estoy diciendo que no seríamos amigos o compañeros, lo que estoy diciendo es que si yo ya me hice el HIV y sé que estoy sano, no me arriesgaría a coger con alguien sin protección, que no sé si está o no enferma.

— ¡Epa, no se dice coger! — dijo una chica — además a mí me enseñaron en la iglesia, que no tenemos que tener relaciones sexuales hasta casarnos. Que sólo así, con la abstinencia hasta el matrimonio y luego la fidelidad absoluta, nos salvamos de todas estas enfermedades. El cura también dijo que la iglesia no permite usar preservativos, pero no sé por qué.

— ¡Qué ridiculez! ¡Es absurdo no tener relaciones sexuales! Decile a tu cura que yo...

— Además, que la iglesia se vaya a imponer sus ideas a otra parte, no conmigo — agregó otro enojadísimo

- Todos los curas son...
- La doctora no le permitió terminar la frase — ¡Epa! ¡Epa! muchachito, esa no es forma de hablarle a una compañera.
- Cada uno tiene que hablar como le salga.
- No, si no nos respetamos — sostuvo con autoridad la doctora — Hablando nos vamos a entender y si entendemos, podemos empezar a cuidarnos. No son las palabras las que nos van a matar, son los silencios. Y de ninguna manera es correcto imponer nuestras ideas a nadie. Cada uno es libre de vivir su vida como mejor lo entienda ¿para qué sino vivimos en libertad?
- Sí, claro ¿por qué no se lo dice a los curas y a las monjas? ¡Ellos sí que respetan las ideas de los demás! — agregó con ironía.
- No es con la iglesia con quien estamos hablando ahora, sino entre nosotros y respetarnos es casi casi la clave del éxito — siguió la doctora — Cada uno y cada uno de nosotros tiene que ir descubriendo qué lo hace feliz: qué ideas, qué relaciones, qué valores decide honrar etc. En cuanto si hay que hacerse o no el HIV, sólo puedo darles mi opinión más personal. Yo considero que sí hay que hacérselo.
- ¿Y si uno se entera que tiene SIDA qué hace? — preguntó un chico bastante preocupado.
- Decididamente hay que ser muy valiente para tomar esta decisión de hacerse el HIV. Enterarse que uno ya es portador del virus del SIDA, es muy terrible, muy doloroso pero, pasa un par de cosas...
- Yo no quiero enterarme si lo tengo — dijo una chica.
- Estarías en tu derecho pero ¿qué pasaría si por no hacerte el análisis contagias a un muchacho que amás mucho? ¿Cómo creés que te sentirías?
- ¡Horrible, me sentiría culpable, horrible! — dijo muy apesadumbrada.
- Lo bueno que tiene hacerse el HIV — dijo Florencia — es que si una sabe que está sana, va a tratar por todos los medios de seguir estándolo.
- ¿Cuáles serían esos medios a tu entender? — era la doctora quien preguntaba por primera vez.
- Bueno — comenzó Florencia — yo sólo puedo decir lo que a mí me da ganas de hacer, no sé si está bien pero...
- Adelante — invitó la doctora.
- Si yo supiera que estoy cien por ciento sana, no mantendría relaciones sexuales sin preservativo con nadie que no esté seguro de estar también cien por

ciento sano.

— Entonces ¿exigirías que se haga el HIV? — preguntó Clara.

— No es que lo exigiría, él quedaría libre de hacer lo que le parezca mejor pero, si quiere acostarse conmigo, se lo va a tener que hacer.

— ¿Y si no quiere enterarse si está enfermo?

— Claro, tiene derecho ¿no? — dijo un varón.

— Claro que tiene derecho a mantenerse ignorante — contestó Florencia contundente y firmemente — lo que no tiene derecho es a infectarme a mí por mantener su ignorancia. Por eso, yo ni entraría en discusión. Si quiere tener algo conmigo sin preservativo, se tiene que hacer el análisis. Si no se lo quiere hacer, entonces no va a tener relaciones sexuales de ningún tipo conmigo. No lo negociaría. Es sí o es no.

La claridad de Florencia y su determinación, dejaron pasmada a la doctora. Ojalá más de un adulto pensara así, pensó para sí misma.

Como ya se había hecho muy tarde, la doctora los invitó a terminar la reunión y si querían podían volver a reunirse la semana entrante.

Todos quisieron seguir la reunión pero era cierto que era tarde.

— Si les parece bien, nos volvemos a encontrar el próximo miércoles a la misma hora. Todos aceptaron gustosos.

Clara dejó salir a todos para quedarse última.

— Quisiera hacerme el HIV.

— Ahora no serviría de nada. Si es que lo pedís por tu relación con Marcos, deberías dejar pasar un par de meses. Existe lo que se llama “período de ventana”. Que son los primeros 6 meses en los cuales una persona puede estar infectada pero aún no se lo puede detectar en la sangre.

— ¿Se lo puedo pedir a Marcos? ¿Puedo pedirle que se lo haga? Yo sé que no fui la primer mujer en su vida. Ya hace un par de años que él mantiene relaciones sexuales.

— Pedírselo podés, de ahí a que él acepte es otra historia.

— Bueno, pero por algo hay que empezar ¿no?

— Bueno ichau! — dijo Clara y cerró la puerta tras de sí.

La doctora estaba acomodando el consultorio cuando sonó el timbre ¿Quién será ahora? Pensó.

— Me parece que me olvidé de decirle igracias! — y se

tiró llorando a sus brazos.

La doctora la abrazó muy tiernamente.

— Al contrario igracias a vos! — respondió — si necesitás algo, no dudes en llamarme — se dieron un beso y Clara se fue dejando a la doctora muy conmovida.

¿Qué la conmovía tanto? ¿Por qué después de tantos años de ejercicio de la profesión venía una chiquilina a moverle tanto los esquemas?

Sin saber bien por qué, se le había metido hondo en el corazón. Quería protegerla de todo como si fuera su hija.

CAPÍTULO 19

Esa misma noche, antes de entrar a su casa, Clara fue a una cabina telefónica para llamar a Marcos.

— ¡Hola!

— ¡Hola! ¡Qué linda sorpresa! ¿A qué se debe? — preguntó Marcos inquieto.

— Resulta que fui a ver a una doctora.

— ¿Qué doctora?

— Una ginecóloga que me recomendó Florencia.

— ¡No me digas que estás embarazada!

— No, no es por eso que te llamo. No tengo ni idea si estoy o no embarazada, es cuestión de esperar a que me venga la menstruación.

— No hace falta esperar, si dudás, podés hacerte un análisis.

— ¡Justamente!

— Justamente ¿qué?

— Justamente, te llamo para pedirte que te hagas un análisis.

— ¿Qué tipo de análisis?

— Un HIV

— ¡Estás loca?! — preguntó ofendidísimo.

CAPÍTULO 20

— No, no estoy. Estoy más lúcida que nunca y no veo por qué te ofendés tan rápido.

— Pero ¿vos qué creés que hago cuando no estoy con vos? ¿Creés que putaneo por ahí?

— No tengo la menor idea de lo que hacés o dejás de hacer. Lo único que sé, es que yo no fui la primer chica de tu vida. Vos no eras virgen como yo y quizás... — como tantas otras veces las lágrimas acudieron prestas a sus ojos.

— Justamente por eso te gustó tanto, porque yo ya sabía cómo hacerlo y hacerte sentir bien — se defendió Marcos.

— Nadie está diciendo que no me gustó, lo que te estoy pidiendo es que te hagas un HIV. Yo ya averigüé para hacérmelo pero no tiene sentido alguno que me lo haga hasta dentro de algunos meses. No se detectaría nada aún.

— ¿Por qué tanta desconfianza?

— No es desconfianza y me lastima que lo sientas como un ataque hacia vos. Yo lo estoy pensando como un cuidado para los dos por igual.

— ¡Estás loca! ¡Totalmente loca! — dijo Marcos y colgó.

Clara quedó absolutamente desconcertada. No esperaba una respuesta así.

Por supuesto que nadie estudió demasiado esa semana. Sólo para la prueba de matemáticas que ya les habían avisado les tomarían. La profesora era exigente, muy exigente pero macanuda.

El día de la prueba, Clara estaba como en otra galaxia.

Miraba su hoja en blanco. Finalmente, haciendo un gran esfuerzo copió los ejercicios del pizarrón. Los números parecían bailar delante de sus ojos. Intentó resolver los problemas pero apenas si podía pensar. Como hubiera dicho Nacho “sus neuronas no estaban haciendo sinapsis”.

Cansada de intentarlo, firmó la hoja y la entregó.

La profesora no dijo nada pero se sorprendió sobremanera. Clara no era una alumna brillante, pero sí, era esmerada, inteligente y emprendedora. ¿Qué le estaría pasando? pensó la profesora. Luego intentaría averiguarlo. Pero cuando quiso conversar con ella, Clara ya había salido al patio y no la encontró.

En el recreo todos comparaban bastante nerviosos los resultados del ejercicio.

Clara se había sentado bajo la gigantesca araucaria del patio.

— Che ¿qué te pasa? — preguntó Florencia.

— Nada, dejá. Ya se me va a pasar.

— ¡Vamos! En una de esas puedo ayudarte — insistió pasándole un brazo por los hombros.

— Me parece que se pudrió todo.

— ¿Qué cosa?

— Hablé con Marcos. El día que fuimos a charlar con la doctora, a la salida fui a un locutorio.

— ¿Y? — preguntó impaciente.

— Me mandó a freír churros. Me dijo de todo.

— ¿Por qué?

— Porque le pedí que se hiciera el HIV.

Florencia aguardó en silencio, acariciándole la espalda. Un gesto muy habitual entre ellas.

— Me dijo que yo desconfí de él, que si yo creo que él putanea por ahí, que cómo puedo pensar que tiene SIDA, qué sé yo, y al final me colgó sin siquiera decir chau.

— ¡Qué egoísta!

— No lo insultes, la tonta fui yo ¿cómo se me ocurre

pedirle algo así por teléfono y a las apuradas? — dijo largándose a llorar.

— Puede ser que no era la forma pero...

— No me defiendas siempre. A veces la manera de defenderme es admitiendo que me equivoqué — dijo sabiamente Clara.

— Bueno, ganaste, tenés razón ¿te puedo invitar con algo para tomar?

— No, gracias.

— ¿y para comer? Dale, vamos al barcito.

— Bueno — dijo sin ganas siquiera para negarse.

En la barra del barcito, del lado reservado para los docentes, estaba sentada la profesora de matemáticas que al ver a Clara, salió a su encuentro.

— Leí su prueba — dijo sin tutearla, jamás lo hacía — ¿puedo ayudarla en algo?

Que la profesora se hubiera acercado tan humanamente le provocó otro ataque de llanto.

— No, gracias — fue todo lo que respondió ¿Qué le iba a decir? ¿Que tenía miedo de tener SIDA?

— Como quiera, pero sepa que si en algo la puedo ayudar, acérquese. Y en cuanto a la prueba, no la voy a evaluar pues no estaría evaluando sus conocimientos sino su estado anímico. Si la clase que viene se siente

mejor, se la vuelvo a tomar. Los casos de factoreo pueden esperar — dijo sonriendo.
— ¡Muchísimas gracias! — dijo dándole un beso en la mejilla.
— Besando a la profe de matemáticas ¡así te quería ver! ¡Qué olfa! ¡Puaj! — dijo Florencia cargándola — Esto sí que se va a saber.
Clara no pudo contener la sonrisa.

CAPÍTULO 21

Finalmente y para felicidad de todos, llegó el ansiado miércoles.

La asistencia fue nuevamente perfecta y puntual. La doctora los recibió con mucha calidez y el consultorio preparado para treinta chicos.

— Y ¿Qué dijeron sus padres? — preguntó.

— Nada — dijo Nacho — no les conté.

— Mis viejos ni saben que vengo aquí.

— ¿En serio? — preguntó asombrada — ¿nadie contó nada?

Silencio.

— Con razón andan las cosas como andan — dijo en voz alta pero hablando para sí misma.

— Bueno ¿qué pensaron en estos días? ¿Conversaron entre ustedes?

Silencio otra vez.

— No lo puedo creer ¿no hablaron entre ustedes?

Fue Clara quien rompió el hielo.

— Yo hablé con mi novio y le pedí que se haga el HIV. Se enojó muchísimo y no volvimos a hablar. Se

ofendió, se sintió perseguido y acusado y yo me sentí muy abandonada. Muy sola con mi miedo.

— Para eso estamos los amigos — dijo Nacho — yo voy a estar siempre a tu lado. Pase lo que pase.

Nuevamente silencio.

— ¿Alguien quiere preguntar algo? — Volvió a preguntar la doctora — Vamos, sin vergüenzas.

— ¿Sinvergüenzas? — rió uno.

— Yo tengo una duda, bueno, unas cuantas pero empecemos por una cómo hay que hacer para cuidarse? ¿Alcanza con usar preservativo? — preguntó una chica.

— El preservativo tiene sus limitaciones. Algo ya hablamos el otro día, pero si no se está seguro hay que usarlo siempre. Enseguida les explico más, pero hay algo importantísimo de lo que no hemos hablado, y es la promiscuidad.

— ¿Qué es eso? — preguntó alguien.

La doctora no podía creer que no conocieran el término pero de todos modos explicó:

— Ser promiscuo significa cambiar de pareja sexual como quien cambia de camiseta. Es decir, no mantener una pareja estable — y mirando a Clara agregó — o que la pareja estable de ustedes, mantenga al mismo

tiempo relaciones sexuales con otras personas. Y no cuidarse. Especialmente eso.

— ¿Y lo del forro? — preguntó un muchacho muy ansioso.

— El preservativo o forro como dicen ustedes, hay que saber usarlo. Especialmente porque, como ya lo habíamos dicho, sólo sirve para la penetración por el pene. No se usa regularmente en las relaciones orales, y en las anales es probable que se rompa.

— ¡Ja! — se le escapó — entonces hay que usarlo doble

— No — explicó la doctora — nunca doble sino con lubricante.

— ¿Con vaselina?

— ¡iiiNO!!! Éste es un error importantísimo — siguió la doctora — la vaselina al ser un derivado del petróleo, permeabiliza el látex del preservativo, permitiendo así

el paso del semen y virus a través de sus pequeños poros. Hay que usar lubricantes especiales o cremas de medios acuosos. Justamente, una cosa lleva a la otra.

Gran parte de la limitación del preservativo, es porque no lo saben usar correctamente. Si a ustedes no les incomoda, quisiera darles una clase práctica. Compré los elementos necesarios para ello, pero quisiera tener

vuestra aprobación.

— Sí.

— Claro ¿por qué no?

— Porque no es lo usual, y es muy probable que se me condene por esto, en lugar de condenarse la ignorancia que los está enfermando.

— No se preocupe, nosotros la vamos a defender de todos los cruzados — dijo Nacho, el defensor del pueblo.

— Bueno, con vuestro permiso, paso a mostrarles.

Fue a la cocina del consultorio y trajo una bolsita donde había colocado un pepino y una caja de preservativos.

— Son varias las cosas a tener en cuenta. Una de ellas es que hay que ponérselo desde el principio. Ni bien el muchacho tiene una erección, aunque sea pequeña y aún no llegó a todo su esplendor — esto provocó risas — Luego, una vez que este muchacho eyacula, debe retirar su pene de la vagina o del ano. Esto es así porque una vez que eyacula, el pene en corto tiempo vuelve a su tamaño inicial. Si esto sucede dentro de la vagina o del ano, es muy probable que al retirarse, el preservativo se deslice del pene y quede dentro. Con lo cual el semen se desparramaría y la chica puede quedar embarazada o contagiarse si el muchacho fuera

portador de SIDA.

El silencio reinaba en el consultorio. Sólo se oían las respiraciones de los chicos. Nunca habían estado tan atentos a una explicación. La doctora les estaba dando la oportunidad de ser felices y gozar de la vida, sin riesgo de enfermar.

— Ahora bien, lo que sigue es cómo se coloca correctamente.

Para esto voy a usar un pepino como si fuera el pene.

Se toma el preservativo de la punta, aplastándola y manteniéndolo bien sujeto por allí hasta que se lo ha desenroscado todo hasta arriba.

— ¿No se lo pone bien ajustado al pene? — preguntó una chica.

— No, esta puntita que tenía apretada entre mis dedos, se la deja colgando para que cuando se produzca la eyaculación, el semen tenga este mismo espacio donde alojarse. De esta manera, evitamos la rotura del preservativo.

— Por explosión — rió un compañero

— Tienen que desenroscarlo bien hasta arriba — continuó la doctora — caso contrario la fricción hacia adentro y afuera, provocaría el deslizamiento del preservativo.

Esta mujer merece un monumento, pensó Florencia.

Con una explicación tan simple nos está salvando la vida. ¿Por qué no se implementará algo tan sencillo en las escuelas?

— ¿Es muy complicado? — preguntó la doctora.

— Para nada — contestó Clara.

— Así de simple como es, hay gente de todas las edades, que no sabe cómo colocarlo correctamente.

— Pero, los varones deberían saber — dijo Cinthia que hasta entonces no había abierto la boca.

— Las chicas también — le respondió Manuel — mirá si te acostás con un pibe que no sabe hacerlo bien ¿no te parece muy arriesgado dejarlo todo en sus manos?

— ¿En sus manos? — agregó el mismo gracioso que había dicho lo de la explosión.

Todos rieron.

— Claro — intervino Florencia — una misma, como parte del juego amoroso se lo puede colocar.

La doctora estaba asombrada de la altura con que estos chicos de 15 años conversaban sobre el tema. Habían logrado vencer sus vergüenzas y especialmente se respetaban enormemente ¡Qué fácil serían las campañas de prevención si no hubiera tanta mojigatería dando vueltas, qué fácil! — pensó.

— Bueno — siguió la doctora — ¿alguna pregunta más?

— Sí, pero no es acerca del SIDA sino acerca del embarazo, mejor dicho del no embarazo. ¿Es seguro cuidarse de acuerdo a los días?

— No, yo pienso que no, aunque algunas personas creen que sí.

Supongamos que la menstruación te duró 7 días y mantenes relaciones sexuales al día siguiente. Podría llegar a suceder que el espermatozoide permanezca vivo dentro de tu cuerpo varios días con lo que estaría vivito y coleando justo cuando se produce tu ovulación.

— ¿Cuál cree usted que es el método más efectivo?

— preguntó otra chica.

— No existe el método más efectivo. Cada uno debería consultar personalmente con su ginecólogo. Para algunas personas lo mejor son las píldoras, para otras el DIU, para otros el preservativo incluyendo el femenino y para otros el diafragma. Es muy difícil generalizar. También depende del tipo de vida y de personalidad de cada uno. Lo mejor que les puedo aconsejar es que consulten personalmente con un ginecólogo. El profesional evaluará lo más conveniente

CAPÍTULO 22

para ustedes. Pero recuerden: para protegerse del SIDA y otras enfermedades de transmisión sexual ¡hay que usar preservativo! Hasta ahora no existe otra forma de cuidado. ¡Usen preservativo!

— Pero la iglesia dice que no se puede usar preservativo — contestó la chica de antes.

— ¡Otra vez con tu iglesia y tu curita!

— ¡Che, respeto! — dijo Florencia enojada.

— Bueno — siguió la doctora sin contestar acerca de la iglesia y el uso del preservativo — si no hubiera más preguntas podríamos dejar aquí. Cualquier cosa, ya saben donde encontrarme. Voy a estar encantada de ayudarlos en lo que necesiten.

— Un aplauso para la doctora — propuso Nacho poniéndose de pie.

Todos aplaudieron mostrando su agradecimiento. La doctora se sentía realmente feliz. Esto era exactamente para lo que había estudiado. Este era su objetivo: la medicina preventiva.

De a uno los chicos fueron despidiendo a la doctora.

— ¡Hasta siempre! — Se le oyó decir antes de que cerrara su puerta — ¡Hasta siempre!

La fiesta en el CASI, fue un éxito. Se llenó de chicos y chicas de todos los colegios de la zona.

La recaudación superó las expectativas de todos.

— ¡Qué bueno! Si seguimos así, en lugar de irnos a Bariloche nos vamos a Hawai — gritó contentísimo Matías.

— Sí, claro — lo sobró Nacho — y que el presidente nos preste su Tango 01.

— ¡Nuestro Tango 01! — intervino Florencia — No le pertenece al presidente porque no lo compró con su plata, sino con la plata del Estado. Ese avión, aunque no nos lo dejen usar, es nuestro.

— ¡A la pirinola! Parece que nos hemos politizado un poco.

— ¿Y eso qué tiene de de malo?

— Nada, me parece perfecto — intentó suavizar Nacho — lo que no sé es ¿cabremos todos allí?

La risa que se generó hizo que se distendieran los ánimos.

— Ustedes no entienden nada — fue todo lo que dijo

Florencia y se fue.

— Che ¿y si organizamos otra fiesta para dentro de dos semanas?

— No seas iluso, esta fue muy buena porque hacía mil que no se organizaba algo así. Pero quién dice que el año que viene no podemos organizar una antes de las vacaciones de invierno y otra para celebrar el día del estudiante.

— No estaría nada mal, nada mal.

— Bueno, yo me tengo que ir a estudiar matemáticas, no soy como otra gente que lo arregla con dos lagrimitas — dijo Nacho tomándole el pelo a Clara — ¿no es cierto?

Así, entre pruebas, reuniones, salidas y estudio, terminaron las clases.

— ¿Cuántas te llevaste?

— Dos; historia y geografía.

— ¿A Marzo?

— No, por suerte tres objetivos de cada una.

— Yo me llevé matemáticas directo a Marzo.

— ¡Qué bajón! Pero ¿entendés o no entendés?

— Más o menos, lo de factoreo me cuesta bastante.

— ¿Querés que te ayude?

— ¿En serio?

— Sí, por qué no. Total voy a estar todo el verano en Buenos Aires. Este año no nos vamos de vacaciones.

— Y vos ¿cuántas te llevaste?

— Ninguna.

— ¿Ninguna?

— Ninguna.

— Prefiero estudiar un poquito durante el año y no arruinarme el verano. No tiene ningún sentido. Hablando de todo un poco ¿vos cumplís los años a mediados de Diciembre, no?

— Sí.

— ¿Vas a hacer alguna reunión? Sería lindo encontrarnos dentro de un par de semanas.

— Sí, sería lindo pero... las cosas están muy difíciles económicamente en casa.

— Pero eso no es problema. Cada uno lleva algo y listo. Yo lo organizo. Dejalo en mis manos.

— Vos y Florencia son las responsables del movimiento del mundo ¿no? — dijo riendo.

— ¿Y qué tiene de malo? ¿Querés tener fiesta o no querés fiesta?

— Sí, sin dudarlo.

— Bueno, entonces dejalo en nuestras manos. ¿Era el

16 de Diciembre?

— ¡Qué memoria!

— Anda preparándote. ¿Qué te parece juntarnos a eso de las ocho de la noche?

— Como usted ordene.

— Formidable, yo ordeno a las ocho.

Clara y Florencia siempre se encargaban de la organización de todo ¿por qué no? Les gustaba hacerlo y les salía bien.

También en Chile las clases terminaron a fin de Noviembre.

Sin decirle nada a nadie, Marcos había hablado con lo abuelos, pidiéndoles que le regalen el pasaje a Buenos Aires como premio por haber terminado el Liceo sin adeudar ninguna materia.

Ellos, los abuelos, entendieron que evidentemente Marcos se había esforzado mucho ese año y les pareció bien “premiarlo”. Especialmente la abuela era muy romántica y sabía que Marcos enloquecía por ver a Clara. Cómo no ayudarlo si estaba en sus posibilidades hacerlo

— ¡Shhhhhhhhh! — dijo Marcos por teléfono — que se mantenga en secreto, quiero que sea una sorpresa.

Y efectivamente lo fue. Cuando tocó el timbre en la casa de Clara, por poco se desmaya.

— Qué bueno que estés, pensé que quizás te habrías ido al club.

— No, estoy en cama. Me pesqué una gripe de verano

que no me deja en paz
— ¿Puedo pasar?
— Sí, claro. No me di cuenta que estábamos en la puerta.
— Debe ser la emoción de verme — dijo Marcos.
— Debe ser — fue todo lo que contestó Clara muy seria.
¡Qué ganas de abrazarlo! ¡Qué ganas de besarlo! Pero no, quería contenerse. Después de lo del llamado telefónico no iba a tirarse ahora tan tranquilamente a sus brazos. Lo miraba extrañada itan cerca y a la vez tan lejos!
Marcos, para hacer las cosas más fáciles y porque en realidad no sabía por dónde empezar, hizo de cuenta que nada había sucedido entre ellos. Por lo pronto, nada malo.
— ¿Te molesta que vuelva a la cama?
— No, para nada éte preparo un té?
— Bueno, gracias.
La plasticidad de Marcos para acomodarse en todas las situaciones, le encantaba. Todas las casas eran su casa. Él entraba en las cocinas y jamás tenía que preguntar dónde guardaban el té o el azúcar. Se movía

como pez en el agua. No había olvidado detalle. A Clara le gustaba el té con limón y miel y exactamente eso le preparó.
¿Cómo podía ser que en cinco minutos y sin decir palabra, oradaba el muro que ella construyera en meses?
— ¡Gracias, está riquísimo!
— Usted se lo merece — dijo haciendo una reverencia con la cabeza y tomándole la mano derecha se la beso muy tiernamente.
¡Dios mío! — suspiró para sí misma — me muero por este chico.
El deseo crecía en ella pero Marcos no se movía de su lugar.
Menos lo intentaba, más lo deseaba.
Y así estuvieron charlando sobre bueyes perdidos, por no hablar de lo que más necesitaban.
Al cabo de dos horas, llegó el padre de trabajar.
— Hola — saludó ni bien puso un pie dentro de la casa.
— Hola — contestó Clara desde su cama.
— ¿Cómo está mi chiquita? — preguntó acercándose al dormitorio.
— Bien, que sé yo, igual.

Cuando el padre entró en la habitación, Marcos se paró a saludarlo.

— ¿Dónde está tu madre?

— No sé, creo que tenía clase de gimnasia.

— ¿Y qué hace este individuo en tu cuarto con vos en la cama? — gritó sin disimular su enojó.

— Nada, sólo vino a visitarme.

— Yo no sabía que ella estaba en cama — explicó Marcos.

— ¡Fuera! — tronó el padre — a mí nadie me engaña ¡FUERA!

— ¡Pero papá!

— Pero nada, él no puede estar aquí a solas con vos en la cama ide ninguna manera! ¡SE VA YA!

— Está bien, no se preocupe — dijo Marcos — ya me voy, pero sepa que está equivocado. Sólo conversábamos.

— No, no se va ¡Papá por favor! — pidió Clara.

— Dejá, no te pongas mal. Nos vemos otro día — y diciendo esto último saludó y se fue.

— Antes de llegar a la calle, ya podía oír la fuerte discusión entre Clara y su padre.

— ¡En MI casa se hace lo que yo digo! Caso contrario ahí está la puerta ¿estamos?

— Pero por qué, ¿por qué te ensañas así con él? ¿Sólo

porque lo quiero?

— Ya vas a tener tiempo de tener novio. Ahora, todavía se hace lo que yo ordeno.

— Te guste o no — dijo Clara con una calma que le venía muy de adentro — lo amo y eso no lo vas a poder cambiar con ninguna orden. Lo amo y siempre lo voy a amar. Espero que no te opongas.

— ¡Hola! — Saludó la madre entrando a la casa — ¿no hay nadie?

— Hola — respondió Clara sin ganas — estoy en la cama.

— Te traje una película. “Lo que el viento se llevó”

— Vos y tus películas — protestó el padre antes de saludar — ¿por qué no te dedicás un poco más a educar a tu hija? ¡parece una cualquiera!

— ¡Federico! — fue todo lo que dijo. Pero cuando decía Federico era porque ya se habían colmado todas las posibilidades, cuando ya no cabían más palabras.

¡¡Pummmmm!! Cerró la puerta de su escritorio de un portazo.

— No lo dice en serio, no te preocupes — y besó a Clara en la frente — lo dice porque está preocupado. No entiende que los tiempos cambiaron.

— ¿Por qué se la agarra así conmigo? ¡Yo no soy una

CAPÍTULO 24

cualquiera! — dijo llorando.

— Todos lo sabemos. Él no lo dice pensándolo éya tomaste el té?

— Sí, me lo preparó Marcos — dijo esbozando una sonrisa.

— Lo vi irse. ¿Querés ver la película ahora?

— Sí éde qué es?

— De amor, de amor desenchtrado.

— ¿Siempre se desencuentran? — preguntó más bien afirmando y sin esperar respuesta.

— A veces — contestó nostálgica y colocó la película en la video casetera — es bastante larga, pero te va a gustar.

La película le gustó pero le dejó el mismo sabor amargo que sintió al leer Romeo y Julieta

¿Por qué será que los que aman sufren tanto? ¿Será siempre así? ¿Será toda su vida así? ¿Será que todos los grandes amores terminan en tragedia? ¿Cómo será lo suyo? ¿Qué oscuro manto cubrirá la felicidad que le produce amar a Marcos?

Con todos interrogantes oprimiéndole el pecho, se quedó dormida.

Ese verano fue distinto a los anteriores.

Clara anduvo un poco debilucha. Se resfriaba cada dos por tres, lo cual tenía sus ventajas. Vio un montón de películas metidita en su cama. Películas antiguas que su madre le traía.

La visitaban todos sus amigos menos Marcos. A él le estaba vedada la entrada.

— ¿Tanto lo querés? — le preguntó un día su madre.

— ¡Tanto y mucho más!

— ¿Puedo preguntarte algo? — pidió la madre muy respetuosa.

— Preguntar podés ahora que épuedo no responder?

— ¿Cómo es tu relación con Marcos?

— ¿En que sentido?

— En todos.

— Bueno, justamente es en todos los sentidos ésto responde a tu pregunta?

— Creo que sí — contesto sin saber si ponerse o no contenta.

— ¿Qué te quedaste pensando? ¿Te sorprende?

— No tanto, pero pensé que no sería tan pronto. ¿Sos

feliz con él?

Clara no sabía realmente si contarle toda la verdad o no, pero la enorme apertura y respeto de su madre, la invitó a volcar su alma.

— En general sí, soy feliz. Pero algunas cosas no las sé manejar muy bien y no sé qué tengo que hacer.

— ¿Podré ayudarte?

— ¡Ojalá pudieras!

— Intentémoslo ¿qué te parece?

Clara se sintió bien compartiendo sus alegrías, sus tristezas y sus dudas con su mamá.

Después de un largo rato, la madre dijo:

— Decididamente, no es fácil tu lugar pero, me parece que lo estás haciendo bastante bien.

— ¿Te parece? A veces sufro mucho.

— Nadie dijo que no sería así. Es parte del crecer y del madurar. Pero a la larga, también vas a ver que es mucho, muchísimo el placer.

— ¿En serio?

— Te lo prometo — y con esta promesa de felicidad dio por terminada la charla.

— ¡Sos genial! — dijo Clara.

— De tal palo, tal astilla — respondió la madre compartiendo los elogios.

CAPÍTULO 25

A mediados de Febrero, Marcos debía rendir su examen de ingreso a la Facultad. Igual que Clara, él también decidió estudiar pediatría.

A principios de Enero, comenzaba en la misma facultad un curso intensivo de preparación para el examen.

Esto hizo que Marcos sólo pudiera quedarse en Buenos Aires hasta fin de año.

Como era tan poco el tiempo que tenían para estar juntos, Clara no quiso arruinarlo con el tema del análisis de sangre, el HIV. Y Marcos, no tuvo el coraje para sacar el tema. Sólo un par de veces estuvieron a solas e hicieron el amor. Clara no podía relajarse y por ende lo disfrutaba bastante poco. El tema no hablado, hablaba a los gritos por sí mismo interfiriendo en la relación amorosa.

La noche de fin de año, era la última de Marcos en Buenos Aires.

— No te preocupes — dijo — ni bien termine con este examen me voy a ocupar de hacerme el análisis que tanto me pedís. Ya vas a ver, todo va a estar bien, te

lo prometo.

Que él hubiera sacado el tema, la desarmó.

Esa misma noche, la última noche, hicieron el amor una vez más. Pero esta vez fue distinta. Clara, emocionada, se entregó con todo su ser.

A la mañana siguiente, sin saber bien por qué, llamó a la ginecóloga para desearle un muy feliz año.

Como no la encontró, dejó su mensaje en el contestador automático.

— ¡Hola! Soy Clara y llamaba para dejarle un beso y un saludo de Año Nuevo. Estoy muy bien y... ¡Achís!... bueno, sigo un poquitín resfriada. ¡Chau! Y colgó.

Clara no lo sabía pero la doctora pasaba todos los veranos en el campo de unos primos cerca de Miramar.

Dos tardes por semana atendía allí una guardia sencilla en el Hospital Zonal.

Así, con tranquilidad vivía lejos del bullicio de la ciudad los tres meses del verano.

Le gustaba muchísimo andar a caballo y ayudaba en todas las tareas ganaderas: desabichaba, vacunaba y arriaba el ganado de un potrero al otro como buena baqueana.

Las instalaciones de la estancia eran bastante sencillas. La electricidad no llegaba al lugar. Así que salvo las dos horas diarias en que se prendía la usina, de 18 a 20hs. el resto se manejaban con faroles de kerosén.

Las noches se le envolvían de romanticismo y nostalgia. También ella vivía amores desencontrados.

CAPÍTULO 26

Ese año, Carnaval caía a mediados de Febrero. Florencia con sus amigos del barrio, participaba de una murga.

— ¡Dale, vení! — invitaba a Clara — te va a encantar.

— No lo dudo pero... ando medio medio este verano.

— ¡Uy! No me digas que todavía seguís pensando en Marcos. Eso es lo que te debilita. ¡No seas fiaca! ¡Levantate, ponete ropa cómoda y vení! Te espero en El Águila dentro de media hora.

Clara se miró al espejo, se sintió bien vestida con su bermuda y su remera. Se puso zapatillas de lona blanca, se ató el pelo en una sola trenza y se tomó una aspirina. Esto último, no era habitual en ella pero desde hacía un par de meses, no podía evitarlo. La cabeza le dolía sin tregua.

La murga era realmente divertida. Todos vestían alegremente. Se habían pintado las caras de blanco igual que los mimos, resaltando los ojos con negro y los labios de colorado.

Toda la idea de la murga era alegrar a la gente que

pasaba. Lo hacían con cantos y gestos, invitándolos a bailar y participar.

Este tipo de cosa no era muy común en la zona. Sí lo era en la capital, pero la gente de Martínez y San Isidro no estaba acostumbrada. Así y todo, participaban bastante. Una murga en la zona era todo un desafío a las costumbres lugareñas.

Clara la paso muy bien y por un rato largo olvidó a Marcos y a su dolor de cabeza.

Al terminar el espectáculo, todos juntos fueron al río a comer. Habían preparado sándwiches y empanadas. Clara apenas si comió. Últimamente todo le caía mal y le provocaba náuseas. No quiso contárselo a Florencia para que no la tome por hipocondríaca.

— No, gracias. Desayune tan tarde que no tengo hambre — fue todo lo que dijo.

— Como quieras, mejor para nosotros repartir entre menos — dijo uno de los chicos riendo.

— Espero que no estés haciendo una dieta de aquellas ¿no? — la confrontó Florencia.

— Para nada — contestó Clara.

— No sé, no sé — dijo Florencia sin creerle demasiado — estás muy flaquita, bastante más que cuando terminamos las clases.

Aunque Florencia no le había creído, Clara no estaba haciendo ningún tipo de dieta. Simplemente perdía peso sin intención. Las náuseas le quitaban el apetito. Debería consultar con un médico, pensó. Voy a esperar a que vuelva la doctora y le pido una hora.

CAPÍTULO 27

Marcos, aunque vago, era realmente muy inteligente. Entrar en la facultad de medicina no era fácil, pero lo logró sin ninguna dificultad. No sólo entró, sino que con uno de los mejores promedios.

Su hermano Lucas, dos años mayor, le ayudó muchísimo. Especialmente enseñándole metodología de estudio.

— Mirá — le dijo — una de las primeras cosas que tenés que lograr, es organizarte. Escribí en una hoja todo lo que tenés que estudiar, de cuántos días disponés y después, sacá el cálculo de cuántas páginas o temas tenés que ver cada día. Dejate horas y días de descanso, y ni que hablar de fumo o etílico **¡olvídalos!** Si querés rendir, tenés que estar con todas tus neuronas despiertas.

El resultado fue impactante. Nadie había apostado a su éxito y aquí los tenía a todos pasmados. Una vez terminados los exámenes, le quedaba un mes de vacaciones antes de comenzar su primer año de universidad.

Ni él mismo lo podía creer. Jamás había soñado con terminar el secundario. Ahora, su único deseo era viajar a Buenos Aires para ver a Clara. Quería llevarle una sorpresa: el resultado de su HIV. Había decidido hacerse el análisis de sangre para dejarla tranquila. Nunca se había sentido más sano ni feliz que ahora.

Grande y terrible fue su angustia cuando abrió el sobre del laboratorio: positivo.

— Debe ser un error — lloraba delante de Lucas — debe ser la sangre de otro paciente. ¿Cómo voy a tener SIDA? ¿Yo? ¿Por qué? ¿Por qué yo?

— Tenés que repetir el análisis, en una de esas se equivocaron — decía Lucas atemorizado pero intentando calmar a su hermano menor.

— ¿Cómo pudo ser? ¿Cuándo? — se preguntaba Marcos en voz alta sin darse cuenta que estaba aceptando el resultado del análisis — ¡Pobre Clara! ¡Qué le hice! ¿Estará enferma? ¿Cómo me contagie? — las preguntas no paraban de salir de su boca — ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Lucas había palidecido como un fantasma.

— ¿Habrás sido con los tatuajes que nos hicimos?

— No, porque entonces yo también... — y no pudo

terminar de decirlo. Se desmayó.

Rápidamente Marcos logró reanimarlo.

— No hablemos más de esto hasta confirmarlo — pidió Marcos.

— ¿Te parece bien? ¿Te vas a hacer el HIV? — preguntó casi en un susurro.

— No. Sí ¡Qué sé yo!

— Deberías.

— ¿Qué sabés vos lo que yo tengo que hacer?

Como toda respuesta Marcos se le acercó y abrazó a su hermano como nunca antes.

La sola posibilidad, enojaba, entristecía, disminuía, frustraba.

Al día siguiente, los dos en ayunas salieron temprano de la casa de su padre. No dijeron nada a nadie para no alarmar.

Quizás...

Dos semanas más tarde, nuevamente juntos fueron a retirar los resultados.

Cada uno abrió su sobre en silencio.

Con sólo mirarse supieron los resultados.

Marcos: positivo.

Lucas: negativo.

Abrazados caminaron durante horas llorando,

CAPÍTULO 28

preguntando, cavilando, compartiendo, amando.

— ¡Pobre Clara! ¡Pobre Clara! — repetía Marcos una y otra vez — ¡Pobre Clara!

Cuando llegaron a la casa, Lucas fue a buscar algo entre sus cosas.

— Tomá — le dijo a Marcos extendiendo su mano con unos cuantos billetes — para tu pasaje.

— ¡Gracias! ¡Mil veces gracias! — dijo secándose las lágrimas.

— ¡Gracias!

— No tengas miedo ¡Jamás te voy a abandonar! — una vez más se abrazaron llorando.

— Lo sé, te juro que lo sé.

Decidió viajar en micro para tener tiempo para pensar. Tenía que pensar pero no podía. Los pensamientos se le agolpaban martillando sus sienas. ¿Qué le digo? ¿Cómo se lo digo?

El viaje, aunque interminable, pareció un relámpago.

De la estación terminal en Retiro, viajó en el Mitre hasta Martínez. Los pies se le hacían de plomo. Las pocas cuadras que lo separaban de la casa de Clara, parecían nunca terminar.

Tocó el timbre y espero.

Desde la ducha escuchó gritar a Clara — ¡Ya voy!

Envuelta en su salida de baño de toalla blanca, espizó por la mirilla. Al ver a Marcos, lo supo. No hacía falta decir nada. En los ojos de Marcos se había instalado tanta tristeza, tanta angustia que las palabras sobrepasaban.

— ¡Perdoname! ¡Perdoname! — era todo lo que le salía

— ¡Perdoname mi amor!

Abrazados entraron a la casa.

CAPÍTULO 29

A la mañana siguiente, en ayunas, fue al Hospital Fernández. Marcos iba con ella.

Clara esperaba sin esperanzas.

Sabía sin saber.

Una semana más tarde también juntos fueron a retirar el resultado.

No se sorprendieron: positivo.

Un manto de angustia y lejana sabiduría envolvió a Clara. Se distendieron sus rasgos y se ensanchó su corazón.

No dijeron nada. No había nada para decir.

Esa misma tarde, Clara fue sola a visitar a la doctora.

— Tengo SIDA — fue todo lo que le salió de su boca. El llanto, hasta entonces contenido, fluyó de sus bellos ojos. También de los de la doctora fluían las lágrimas.

— ¿Y Marcos?

— Marcos también.

La doctora anuló todos los compromisos que tenía para esa tarde. No atendería a otros pacientes.

Fue a la cocina y preparó un té de frutas con el que convidó a Clara.

Juntas elaboraron estrategias de abordaje.

Ella y Marcos se darían vacunas. Comerían dietas balanceadas y sanas. Practicarían yoga e intentarían vivir lo que les restaba, con toda la fuerza y alegría posibles.

Nadie podía determinar cuánto tiempo les quedaba de vida. Y los años que fueran, no los desperdiciarían.

Demasiado poco se sabía sobre el SIDA. Quizás, mientras ellos lograran mantenerse fuertes, alguien, en algún rincón del mundo, descubriría cómo combatirlo.

Por lo pronto comenzarían a aplicarse AZT que retrasaría la progresión de la enfermedad.

El SIDA, explicaba todos los síntomas del verano: la debilidad, los resfríos, la febrícula que iba y venía, las náuseas, los dolores de cabeza.

Les preocupaban enormemente sus padres ¿Tenían que decirles? ¿Cómo evitarles el dolor?

Debido a un simposio de psicología, la madre de Marcos tenía que viajar a Buenos Aires el mes entrante. Decidieron esperar hasta entonces.

— Sostengámonos en nuestro amor — le decía Clara

esa nochecita — aunque resulte paradójico, el amor,
nuestro amor nos va a ayudar.

CAPÍTULO 30

Sin decirle nada a nadie. Sin preguntar y sin discutir,
Marcos resolvió que se mudaría a Buenos Aires. En
principio viviría en la casa de los abuelos.

Pidió el traspaso universitario. Sus altas notas
decidieron a su favor. La Universidad de Buenos Aires,
no sólo lo admitía, sino que le daba por aprobado el
CBC (ciclo básico común).

Vivir cerca de Clara, los ayudaría a los dos. Por
eso, el haber logrado entrar en la UBA, lo alegraba
sobremedida.

— Vayamos a festejar — invitó Clara.

— Bueno — dijo con ganas — excelente idea.

Se fueron caminando por Av. Libertador y por Pacheco
bajaron hasta el río.

Parecían dos enamorados como cualquier otra pareja.
Charlaban, reían, vivían e intentaban olvidar.

Promediando ya la tarde, la caída del sol les dio un
poco de nostalgia quizás porque les recordaba que
estaban viviendo su propio anochecer.

Fue Clara quien en un susurro le pidió hacer el amor:

CAPÍTULO 31

— Amame, por favor, amame con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu cuerpo, amame.

Buscaron un lugar tranquilo y por primera vez después de saberse enfermos, hicieron el amor.

— Como un conjuro, nuestro amor y nuestra pasión alejará de nosotros el sufrimiento y el dolor.

No iba a ser tan así, pero en ese momento y por muchos momentos más, lo fue.

Tuvieron que enfrentarse no sólo al sufrimiento por el propio dolor y la propia impotencia ante terrible sentencia, sino que tuvieron que enfrentarse al dolor y al sufrimiento de sus padres y amigos con la misma y terrible impotencia.

Los padres de los dos, sintieron terrible angustia al escuchar a sus hijos.

Primero trataron de negarlo.

Luego de culpar al otro.

También a sí mismos se culparon y finalmente aceptaron: lo mejor que podían hacer era aceptar la realidad. Ninguno de ellos era culpable de nada. Ninguno había obrado de mala fe sino por desconocimiento. Si sólo hubieran sabido a tiempo cómo cuidarse, esto no habría sucedido. Pero ahora, ante la implacable realidad, tenían que unirse. Unir sus fuerzas, sus corazones y sus plegarias para ayudarlos y ayudarse.

Esto no era simple. A cada rato sentían que la furia los traicionaba. Que la tristeza los invadía.

Clara decidió ser portavoz de la vida.

Sin falsos prejuicios, reunió a sus compañeros de clase y les contó lo que tenía. No quería guardarlo como un oscuro secreto. Esto no le haría bien a ella ni a nadie. Compartiendo su dolor con sus amigos, quizás lograra salvarles la vida.

Los chicos, todos ellos, se sintieron sumamente conmovidos.

Clara había sido sencilla en su relato. Había llegado al corazón de sus compañeros.

— En cuanto al contagio, no se preocupen por mí, sé cómo hacer para cuidarme y cuidarlos. Si ustedes me aceptan, quisiera seguir perteneciendo a 4to. 2da. Ni uno solo de ellos se opuso. Todo lo contrario. Prometieron ayudarla en todo lo que pudieran, con todo su corazón y con todas sus fuerzas.

— Y cuando lo necesites — decía una compañera llorando — también mi sangre te voy a donar.

De a uno y en silencio se fueron acercando a Clara, la abrazaron y besaron.

— Para siempre y por siempre, juntas. Siempre juntas — decía Florencia al oído de Clara — para lo que sea y como sea ¡juntas!

CAPÍTULO 32

— ¡Esa chica es una asesina en potencia! — decía desesperada la madre de Ramiro.

— De ninguna manera vamos a permitir que siga en el colegio — agregaba el padre.

— ¿Qué les pasa? ¿Se volvieron locos? ¿Cómo van a decir algo así? — quien levantaba ahora su voz era Ramiro — Clara es una de las chicas más dulces que conocí en mi vida. Nunca tuve la suerte que me aceptara como novio. Siempre deseé estar cerca de ella y ahora... más que nunca quiero estar cerca. No es ahora cuando la voy a abandonar ¡ustedes están locos!

Y se fue dejándolos boquiabiertos.

Pocos minutos más tarde, sonaba el teléfono.

— ¿Te enteraste? — decía gritando la madre de Florencia — ¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede permitirse algo así en el colegio?

— Lo mismo pensamos nosotros — respondía la madre de Ramiro — tenemos que hablar con las autoridades

del colegio iesto es indignante!

Así fueron enterándose todos los padres. Casi todos ellos pensaban igual. En principio, era lógico: querían proteger a sus hijos. Pero... se equivocaban, no era la forma. Clara, no era la amenaza. Las únicas amenazas eran la ignorancia, el silencio y la estupidez.

A la mañana siguiente, autoconvocados en la puerta del colegio, pidieron ser recibidos por la rectora del establecimiento educativo.

— ¿De parte de quién? — preguntó el portero.

— De los padres de 4to. 2da.

La rectora, se impresionó al ver entrar a todos los 64 padres y madres a la vez.

— Y si es necesario — amenazaba después de la larga charla la madre de Juan — convocaremos a todos los padres del colegio iesto es inadmissible!

— Lo siento, pero no puedo hacerlo — dijo la rectora — no puedo echar a un alumno por enfermedad.

— Entonces ¡invente algo! — gritó otro padre.

— ¡Eso es! — agregó su esposa — póngale tantas amonestaciones que quede libre.

— Pero ella es excelente alumna.

— ¡Busque y encuentre! — ordenó el mismo padre.

— Tiene tres días de tiempo, si no lo hace, nosotros nos vamos a encargar de que no tenga más ganas de venir al colegio imocosa indecente!

— Vamos — dijo una madre y todos la siguieron.

— Tres días ¿entendió? — repitió amenazante.

La preceptora del curso que pasaba por allí, escuchó toda la conversación. Le tenía gran afecto a los chicos de la división. Así que decidió ponerlos sobre aviso.

— ¡De ninguna manera! — gritó Juan — ¡Jamás permitiremos que la echen!

— ¡Que nos echen a todos! — dijo Florencia — ¡Que nos echen a todos!

— Tengo una idea ¿qué les parece si nos adelantamos y llamamos a los periodistas? Tengo un conocido de mi viejo en Página ¿qué opinan?

— Que sos un genio.

— Pero, hay algo importante — decía Francisco — Clara no tiene que enterarse.

— Tarde — dijo Clara — ya escuché todo sin que ustedes lo sepan y quiero decirles que los amo. Son de lo mejor. Y pienso que es cierto, que hay que combatir a los padres. No por mí, que si resultara necesario, me voy, con dolor pero me voy, sino por todos los

otros cientos o miles de chicos de escuela primaria y secundaria que quizás no tienen compañeros tan fabulosos como los que yo tengo.

— Dejémonos de hablar, el tiempo apremia ¿quién más conoce a algún periodista?

— No creo que sea necesario conocerlos, un tema así, no se lo van a querer perder.

Se repartieron los canales de televisión, los programas de radio y los periódicos.

El resultado fue increíble. Poco rato después se agolpaban en la puerta del colegio los camarógrafos, los periodistas y los locutores. Todos querían hablar con los chicos de 4to. 2da. Y si era posible, también con Clara.

La repercusión fue más, mucho más impactante de lo esperado. De todos los rincones del país, llegaban mensajes de apoyo a Clara y a sus compañeros. Por supuesto, también y con la misma fuerza, otras voces apoyaban a los desesperados padres.

Por primera vez, la discusión se jugó con todas las cartas sobre la mesa.

¿Qué se logró?

Primero, que Clara y todos los que estaban en su

misma condición, pudieran seguir concurriendo a clase mientras tuvieran las ganas y las fuerzas para hacerlo.

Y segundo, desasnar, deschavar y conversar sobre lo que hasta entonces no se había hablado: cualquiera de los hijos de todos los que enfrentaron a Clara, podrían, si no se hacían enormes campañas de prevención, estar en el lugar de Clara y Marcos.

¡Cualquiera!

La discriminación y alejamiento de los que se habían contagiado, sólo permitía, a contra sentido, que el virus siguiera propagándose.

— ¿Cómo? — le preguntó un periodista a Clara.

— Si la gente, si los chicos, van a tener vergüenza o miedo a que los dejen solitos, no van a decir que portan el virus y simplemente tomará más y más víctimas.

CAPÍTULO 33

Una vez resuelta la regularidad de Clara en el Nacional, ella misma y sus compañeros de 4to. 2da., decidieron ampliar sus horizontes de acción preventiva.

Organizaron charlas sencillas que iban directamente al nudo de la cuestión.

Ahora, con el permiso de las autoridades del colegio visitaban aula por aula de 1ro. a 5to. año de los dos turnos, mañana y tarde. El cuerpo docente estaba asombradísimo.

Clara, con su sencillo pero desgarrador testimonio, llegaba a los chicos de una forma que ninguno de ellos hubiera logrado. Y no sólo esto sino que provocaba en el alumnado una respuesta solidaria y comprometida. De los mismos chicos surgió la voz expansiva: “vayamos también a otros colegios”.

Así, el testimonio de Clara llegó a muchísimos colegios de la zona.

Conjuntamente, invitaron a la doctora a conversar con los padres.

Normalmente son pocos los padres que asisten a

este u otro tipo de charlas pero esta vez, acudieron masivamente.

Habían logrado entender que no era metiendo la cabeza bajo la tierra como iban a ayudar a sus hijos. Muy por el contrario, sólo a través de la comunicación directa y abierta, aceptando la propia sexualidad y la de sus hijos, lograrían mantenerse vivos.

Durante casi todo el año, Clara se sintió muy bien. Sus síntomas se habían retirado.

Trabajaba muchísimo en la campaña preventiva. Una tarde, conversando con los chicos del Comercial, comenzó a sentirse mal. Estaba mareada, perdía el equilibrio.

Con gran esfuerzo, logró terminar su “conferencia”.

— Vení, por favor, acompañame a casa — le pidió a Florencia.

— ¿Te sentís mal?

— No, sólo que estoy muy cansada — respondió para no alarmarla.

— Bueno, vamos — dijo tomándola del brazo y comenzando a caminar hacia la casa de Clara.

— Mejor busquemos un taxi — dijo Clara.

Decididamente no se siente bien, pensó Florencia.

CAPÍTULO 34

Nunca antes Clara se hubiera subido a un taxi.

— Me parece que deberíamos llamar a la doctora.

— No, no seas alarmista, no es nada grave — dijo Clara.

— Florencia tiene razón, llamemos. Si no es nada, que lo diga la doctora — dijo la madre.

— Como quieran — dijo sin presentar oposición.

La doctora tardó poco más de media hora en llegar.

Le tomó la temperatura: tenía.

Luego la auscultó y palpó los ganglios.

— Sugiero que hagamos un examen un poco más profundo — y ahora mirando a Clara dijo — podrías acompañarme mañana por la mañana en ayunas. Tengo que ir al hospital de todos modos así que vayamos juntas, quiero que te hagan un análisis de sangre de control y un par de prácticas más.

No lo dijo pero los análisis posteriores confirmaron su sospecha: tuberculosis.

Así era con esta enfermedad de miércoles, bajaba tanto las defensas que luego uno se pescaba cualquier bicho que anduviera dando vueltas. Médicamente las llamaban infecciones o enfermedades oportunistas.

— Lo siento muchísimo — decía la doctora — ahora va a comenzar a ponerse cada vez más complicado, tenemos que estar preparadas para ir enfrentando lo

que vaya viniendo.

— ¿Puedo seguir yendo al colegio?

— Sí.

— ¿Pero la tuberculosis no es contagiosa?

— En este caso no. Tenemos mucha suerte. Se trata de una tuberculosis ganglionar que no es contagiosa como la pulmonar. Con los antibióticos específicos para esta enfermedad vas a andar bastante bien.

Quiso preguntar más. Quiso preguntar si se iba a curar pero... la sola respuesta le daba miedo, por ende, nada preguntó.

Pronto llegaron las vacaciones. Por un lado le producía un gran alivio pero por el otro, esto de tener tanto tiempo libre, dejaba que sus pajaritos volaran llevando sus pensamientos de aquí para allá.

Marcos por su lado había hecho un excelente año en la facultad. Estuvo tentado de hacer un curso intensivo en el verano para ir adelantando pero decidió estar más tiempo con Clara. Ella lo necesitaba cada día más.

— Vayamos de campamento — propuso Marcos.

— ¿De campamento? ¿Adónde?

— ¿Conocés el Sur?

— No.

— ¿Te gustaría conocerlo? Podríamos empezar por el Atlántico, visitando La Lobería, Puerto Pirámides y luego ir cruzando la Patagonia por Gaiman, Rawson, Trelew, Trevelin hasta llegar a la Cordillera de los Andes. Visitar los 7 Lagos, Lago Puelo, El Bolsón, Bariloche... ¿qué te parece?

— Me parece fantástico.

— Y si nos alcanza el dinero ¿te gustaría conocer Chile, mi tierra?

— Me encantaría pero a todo esto ¿con qué dinero viajaríamos? Yo no tengo.

— Ya nos vamos a arreglar, no te preocupes.

— Preocuparme, no me preocupo, pero puedo saber cómo.

— Por un lado tengo ahorros.

— ¿Y por el otro?

— Por el otro podemos ir ganando dinero en el camino.

Con tu hermosa voz y mi experta guitarra — dijo sin falsa modestia — vamos a ir haciendo espectáculos callejeros. Ya vas a ver, nos va a ir de novela — y dando la conversación por terminada, la besó con enorme pasión.

— ¿Y mi viejo? No me va a dejar ir — dijo triste.

— No te preocupes, yo lo arreglo. Nos va a dejar.

CAPÍTULO 35

El viaje estuvo realmente fantástico, mucho mejor de lo que ambos esperaban.

Antes de salir, los dos tuvieron una consulta con la doctora quien dándoles algunas recomendaciones, les deseó la mayor de las suertes.

Partieron el 1º de Enero porque Clara quería estar con sus padres para festejar el Año Nuevo. Tenían mucho para festejar: un año más de vida saludable y con amor.

El primer tramo lo hicieron en tren para salir sin dificultad de la ciudad, luego el resto todo a dedo. Nunca pararon autos en la mitad de la ruta pues era muy peligroso no ver con quién se subían. Por eso, se paraban en las estaciones de servicio y cuando veían autos con familias o parejas, se acercaban educadamente a preguntar. Al verlos tan correctos, la gente no dudaba en llevarlos.

Marcos había tenido razón respecto al dinero que

ganarían cantando. Las monedas y los billetes llovían en el estuche de la guitarra que colocaban abierto delante de ellos.

Cada paso que daban, Clara se maravillaba más y más cómo podía existir tanta hermosura? No lo podía creer. Primero el mar, los lobos marinos, luego la desértica Patagonia que culminaba en impresionantes alturas. La Cordillera de los Andes y sus lagos, los dejaron prácticamente sin habla. ¡Qué majestuosidad! ¡Qué pequeñitos se sentían ante tanta inmensidad!

Viajaron así dos meses. Cuando llegaron a Bariloche, Clara estaba realmente muy cansada.

— ¿Y si volvemos en avión? — propuso Clara soñando en voz alta.

— Como quieras — respondió Marcos.

— Pero no tenemos dinero.

— Quién dijo que se necesita dinero — sonrió — enseguida vuelvo — dijo con picardía.

— ¿Adónde vas? — preguntó Clara curiosa.

— Secreto — dijo y se fue.

Rato más tarde, apareció con un par de pasajes aéreos.

— ¿Y eso? ¿De dónde los sacaste? — preguntó intrigadísima.

— Muy simple, fui hasta el aeropuerto, me acerqué al mostrador de L.A.D.E.

— ¿La línea aérea del Estado?

— ¡Exactamente! ¿Acaso vos nos sos el Estado?

— Sí, pero...

— Pero nada. Me acerqué, pedí hablar con la persona a cargo y le pregunté si había plazas disponibles. Cuando me dijo que sí, le pregunté si las iban a vender, a lo que me contestó que era imposible venderlas todas tan sobre la hora. Luego, le pregunté si llevarnos le producía gasto alguno. No, contestó. Entonces les conté de nuestra aventura y que estábamos muy cansados y que vos no te sentías muy bien y...

— ¿Le contaste que tenemos SIDA?

— No ¿para qué? Bueno, como te decía le caí muy bien, me preguntó si tengo familia en las Fuerzas Armadas a lo que le contesté la verdad, no. Y aquí tenés, nuestros pasajes. Salimos dentro de 2 horas. Lo único malo es que el avión termina en Palomar y no tengo la menor idea dónde queda.

— No te preocupes que lo vamos a dilucidar.

El vuelo fue tranquilo, sin grandes sacudones. Viajaron

en un F24.

Cuando llegaron a Palomar un suburbio de la ciudad de Buenos Aries, pidieron instrucciones. Tomaron un tren a Retiro y luego el tren Mitre a Martínez. En resumidas cuentas, tardaron más en llegar desde Palomar a la casa, que de Bariloche a Palomar.

— En fin — suspiró Clara — no se puede todo en esta vida.

CAPÍTULO 36

A poco de llegar, Marcos retomó la facultad y Clara comenzó quinto año. El último.

Todos vinieron renovados de las vacaciones. Con muchas ganas de verse y de ponerse a trabajar para juntar el dinero que les faltaba reunir para el viaje de egresados.

Surgieron las ideas de siempre: las rifas, las tortas y los sándwiches, las fiestas.

Se formó enseguida la comisión que se ocuparía de organizar las fiestas. Tenían que ir a hablar con la gente del club, con el disc jockey, luces, etc.

Clara contó sobre su viaje con Marcos y de lo impresionada que la dejó el paisaje.

Se la veía cansada pero nadie quiso decir nada. Fue ella misma quien se disculpó por no integrar la comisión de las fiestas. Quiso guardar la poca energía que le quedaba para seguir con el tema de las charlas en los colegios.

No sólo no se opusieron sino que decidieron que de

todas formas, aunque no trabaje para ello, estaba incluida en las ganancias. La contaban como una más.

En el otoño, comenzó a resfriarse más que otros años. Cada dos por tres estaba con gripes y anginas. Le dolía horrores la cabeza y la fiebre parecía su amiga más fiel.

Antes de las vacaciones de invierno, ya veía que estaba por quedar libre de faltas por segunda vez. Sin dar aviso a nadie, fue a conversar con la rectora del colegio.

— Pase alumna, tome asiento — invitó la rectora.

— Gracias — dijo al sentarse.

— ¿Qué la trae por aquí? ¿Puedo serle útil en algo?

— Sí — tomó aliento para decirlo todo de una sola vez — hasta ahora, no he pedido ningún favor, pero necesito que usted quiebre una regla del Ministerio de Educación.

Como la rectora la miraba sin decir nada, Clara continuó:

— Estoy por quedar libre por segunda vez y por como me voy sintiendo, pareciera que cada vez me va a ser

más y más difícil concurrir a clases. No estoy pidiendo que me aprueben las materias. Estoy pidiendo que me permitan cursar, viniendo todo lo que pueda venir y estudiando todo el resto en casa. Voy a dar las pruebas igual que mis compañeros y todos los exámenes que usted considere necesario pero ipor favor! — dijo quebrándosele la voz por primera vez — ¡No me deje afuera! ¡Necesito venir! Necesito el amor de mis compañeros 5to. 2da. y de todos los profesores que se están portando muy amorosos conmigo. Por favor ¡No me eche! Sé que voy a faltar mucho, muchísimo. Cada día que pasa, aunque no lo demuestre, me está costando más y más levantarme cada mañana a las 6 para venir aquí.

— ¿Quiere pasarse al turno tarde para no tener que madrugar?

— No. Es el amor de mis amigos el que me ayuda. Sin ellos y sin ustedes yo... — no pudo seguir hablando. El nudo en la garganta no le subía ni le bajaba.

— Pierda cuidado, alumna — dijo secamente la rectora — nadie la va a dejar fuera del colegio y por sobre todos mis principios usted quedará tanto como lo desee como alumna regular. Su energía y su valor, honran este lugar y ahora por favor, retírese, tengo

mucho que hacer.

Clara se dio vuelta hacia la puerta para no ver las lágrimas que rodaban por las mejillas de la rectora. Ella no se hubiera sentido cómoda llorando frente a una alumna.

¡Una alumna!

Nadie supo de esta conversación pero dejaron de computársele las faltas.

Cuando faltaba a una prueba, pedía que se la tomaran ni bien se reincorporaba. Todos los profesores sentían gran admiración por su fortaleza y terrible tristeza de ver la lucecita que se apagaba.

El día de la primera fiesta en el club, Clara se sentía bien, así que concurrió y ayudó en el guardarropa.

Marcos estaba siempre a su lado. Todo lo “siempre” que sus estudios le permitían. Al comenzar el año se había anotado en varias materias. Su capacidad se lo permitía. Pero luego, viendo el deterioro lento y silencioso de Clara, dejó un par de ellas por el camino.

Al llegar la primavera, la doctora que ahora veía casi todas las semanas a Clara y a Marcos, vino con una propuesta pero antes preguntó:

— ¿Todavía querés estudiar pediatría?

— Más que nunca — respondió Clara.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— Porque siento un enorme impulso por ayudar a los chicos. Siento que necesitan amor, cuidado, cariño, alegría, qué sé yo y el pediatra es el médico que está cerca de ellos cuando se sienten solos, con miedo y desprotegidos. Algo así como un mago que los va a ayudar a sentirse mejor.

Exactamente esto era lo que la doctora quería escuchar de los labios de Clara. Aunque quizás ella no se diera cuenta cabal, su fin se acercaba día a día. Y ella, quería adelantarle, o mejor dicho, prestarle un poco de futuro.

— Necesito entonces que me des una mano. Tengo un grupo de pacientes en el hospital que se sienten muy solitos y asustados. En su mayoría son huérfanos o como si lo fueran. Casi nadie puede ocuparse de ellos.

— Pero yo tengo SIDA ¿y si los contagio?

— Imposible. Lo que tenés que hacer es amarlos, cuidarlos, darles cariño, sonrisas y lo mejor que llevás dentro. De esa forma, no sólo no los vas a contagiar sino que vas a hacer que se curen más pronto o que el tiempo que estén enfermitos no sea tan terrible para ellos. ¿Qué te parece? ¿Me querés ayudar?

— ¡Sos divina! — dijo tuteándola por primera vez y lanzándose en sus brazos — ¿Cuándo empiezo?

— ¿Mañana?

— ¡Mañana!

CAPÍTULO 37

Ya se les acortaba el plazo para tomar una decisión ¿dónde irían? ¿Dónde viajarían para festejar que terminaban el secundario? Decidieron reunirse en la casa de Juan para discutir el tema.

— Mirá — empezó Ramiro — la verdad es que con todo esto que está pasando con Clara, no me dan muchas ganas de irme.

— ¿Y si pasa algo en el viaje?

— La vamos a cuidar entre todos para que no tome frío ni se lastime.

— Chicos, seamos razonables, Clara no está en condiciones de viajar. El viaje es sin ella.

— Entonces yo no voy — dijo una de las chicas.

— No seas sonsa.

— ¿Sonsa? Con tanta tristeza, vos creés que voy a disfrutar algo.

Florencia, que recién llegaba de la calle dijo:

— Vengo de lo de Clara. Ella pide disculpas por no venir pero tenía un poco de fiebre y se le partía la cabeza en dos de tanto dolor.

Hay algo que creo que ustedes deberían saber. Clara está necesitando día a día más y más medicamentos. Los padres son gente de poco dinero. Viven del negocio de artículos de limpieza de la madre y del modesto sueldo de ingeniero del padre. Les alcanza bien cuando todos están sanos. Pero ahora, hasta la casa vendieron para poder pagar lo que viene que es enormemente mucho. Sólo que vendiéndosela a gente conocida pidieron seguir viviendo allí hasta...

— tomando aire profundo Florencia siguió — De mi parte, y esta es una decisión que nos incumbe a todos y a la vez personal de cada uno, yo voy a darles lo que ahorré para el viaje. Ustedes saben que Clara es mi mejor amiga y le prometí que iba a estar siempre con ella y ahora, ahora no sé, no puedo más. Sufró viéndola sufrir. No puedo irme con ustedes, lo siento — agregó con un hilo de voz.

— ¿No tiene obra social?

— Tienen, pero en nuestro país, parece mentira que estemos terminando el siglo, algunas no cubren a los pacientes con SIDA.

— Pero eso es terrible.

— Así es. Así están planteadas las cosas. Creo que no queda mucho por discutir. Cada uno tiene que elegir

CAPÍTULO 38

qué es lo que va a hacer con el dinero que juntamos: viaja, se lo guarda para otro momento, o...

— De mi parte — habló Ramiro — yo le doy mi dinero a Clara. Y no sólo el del viaje sino que tengo algo más ahorrado.

— Yo también tengo ahorros. Mis padres me regalaron el dinero para ir a hacer un curso de inglés en USA, prefiero dárselo a Clara.

— Yo no tengo ahorros pero lo del viaje es para Clara. De a poco, todos fueron decidiendo lo mismo. El dinero del viaje sería para lo que Clara y su familia necesitaran.

— Pero juntemos más, no nos quedemos pensando que ya está. Sigamos organizando bailes y rifas y todo lo que surja. Todavía nos queda un par de meses de clases.

Florencia, que de toda la división era la que estaba más cerca de Clara se sintió tan conmovida por sus compañeros que no sabía ni cómo agradecerles.

— Los amo, gracias — fue todo lo que dijo y todos entendieron.

— No podemos permitirlo ide ninguna manera! — dijo el padre de Clara al enterarse de la novedad.

— Señor — contestó Florencia con respeto — no es algo sobre lo que usted puede decidir. Ya lo hemos pensado nosotros y nuestro pensamiento nos alegra.

— Pero, nosotros — interrumpió la madre — ¿cómo vamos a privarlos del viaje de egresados? No podemos hacer algo así.

— No son ustedes quienes nos privan — era Ramiro quien hablaba — al contrario, nos están dando, a pesar de la enorme tristeza, la posibilidad de ser mejores personas.

— No nos sentimos mal. Es para y por Clara.

— ¡Gracias! Es todo lo que puedo decir, de verdad nos dan una gran ayuda. No sólo por el dinero, que dicho sea de paso nos resuelve un par de cosas, sino por el incondicional y no fácil apoyo que le dan a Clara y por ende también a nosotros.

— Aquí tiene — dijo Juan extendiendo un fajo de billetes.

CAPÍTULO 39

— Aquí hay más — dijo Florencia.

Y lo mismo hizo Ramiro.

— Lo repartimos entre los tres bolsillos por si nos asaltaban — explicó Florencia.

— Pero el dinero ya lo habían pagado en cuotas en la agencia de viajes ¿cómo hicieron?

— Lo hizo Florencia — dijo Juan — Ella y Clara son las que siempre logran todo lo que se proponen.

— Es que estaba en mi derecho — se defendió — fui, por supuesto con la aprobación de todos, pedí hablar con el gerente general de la agencia y le expliqué lo mejor que pude nuestra situación. Evidentemente fui contundente pues se dio vuelta hacia la pared, corrió un cuadro, abrió la caja fuerte y sin siquiera mirar nuestras carpetas me preguntó cuánto habíamos pagado hasta ese momento. Le dije 14.500 dólares. Contó un billete detrás de otro y me los extendió diciendo: son 15.000, permítanme cooperar y si necesitan algo más, ya saben dónde estoy.

Ninguno de los presentes, ni adultos ni jóvenes, estaba acostumbrado a tan buen proceder. Al contrario, esperaban la contrariedad a cada vuelta de esquina. Sin embargo, un milagro parecía acompañar a Clara y a todos los que la rodeaban.

Durante el verano, Clara anduvo muy olvidadiza. Hasta olvidó, a pesar de tenerlo anotado, de inscribirse en el CBC.

En Octubre, y ya estábamos en Enero, Clara había comenzado a visitar a los chicos del hospital tal como se lo había pedido la doctora.

El enganche fue mutuo. En seguida Clara supo qué ofrecerles: su amor, su tiempo, sus ganas de ayudar. Les preparó funciones de títeres, les organizó juegos, hizo colectas de juguetes usados pero en buen estado para que ellos pudieran entretenerse estando internados y además festejó todos y cada uno de los cumpleaños que iban apareciendo.

Iba dos tardes durante la semana y los sábados por la mañana.

Quién también iba los sábados era Marcos.

Marcos, el fiel compañero iba donde ella fuera.

Los chicos, ávidos de cariño y cuidados se sentían como nunca antes. Esperaban impacientes la llegada

de Clara y Marcos.

Clara los veía chiquitos y solos en sus camitas y se le partía el corazón de tristeza ¡Qué injusta la vida! ¡Qué injusta! ¿Acaso hicieron algo malo para merecer esto?

Le preguntó a la doctora un día.

— ¿Acaso vos hiciste algo malo para merecer lo tuyo?
— respondió la doctora sabiamente.

Había días que el dolor de cabeza era tan fuerte que no podía levantarse de la cama para ir al hospital. Tomara lo que tomara, el dolor no cedía.

Un par de veces había perdido el equilibrio pero no le dio importancia, atribuyéndolo al calor sofocante de ese verano.

Un día, estando en el hospital con los chicos, comenzó a ver estrellitas delante de sus ojos. Cuando todas estas “cositas” comenzaron a ser cotidianas, se asustó y decidió consultar con la doctora.

— ¿Por qué no me avisaste antes? — la retó.

— Porque no pensé que tuviera importancia.

— ¿Cómo son esas estrellitas que ves?

— Como si bailaran delante de mis ojos. A veces se convierten en manchas negras.

La doctora puso cara de gran preocupación. Hubiera

querido ocultarlo pero le era imposible.

— ¿Tenés mareos?

— Sí. Al principio se me pasaban rápido pero ahora ni siquiera acostándome se me pasan.

— Vení, vamos a pedir turno para una tomografía computada.

La doctora no era de pedir muchos análisis, ni cosas porque sí, así que cuando se acercó a la ventanilla con Clara para pedir turno, se lo dieron para el día siguiente.

— Vení acompañada — fue todo lo que le dijo al despedirse.

Al día siguiente, cuando la doctora llegó al hospital a las ocho menos cuarto de la mañana, divisó sentaditos al fondo del pasillo a dos personas. De lejos no se dio cuenta quienes eran. Se los veía sentados juntitos y tomados de la mano en silencio.

Al acercarse, reconoció a Clara y Marcos que se pusieron de pie para saludarla.

— Ya los atendemos — dijo dándoles un beso a cada uno.

Al ratito los hicieron pasar. Acostaron a Clara en el aparato que parecía un túnel y una vez acomodada le

pidieron a Marcos que saliera y esperara afuera.

— Esto no duele, no se preocupe — dijo el especialista.

— ¿Te quedás? — le preguntó a la doctora.

Y antes de que pudiera responderle, le suplicó:

— ¡Quedate! ¡Tengo miedo, no me dejes sola!

— Claro, aquí voy a estar — le contestó la doctora a Clara.

Mientras le hacían el estudio, la doctora paseaba de un lado al otro. Estaba con Clara y a la vez, miraba las imágenes que aparecían en las pantallas. Desgraciadamente se iba confirmando su diagnóstico: Clara tenía inflamaciones cerebrales de múltiples localizaciones. Esto explicaba cada uno de los síntomas: el dolor de cabeza permanente y terrible, las náuseas, los mareos, las estrellitas y manchas delante de los ojos, la pérdida del equilibrio y de la memoria. El final, implacable guadaña, se acercaba más y más.

— ¿Qué decirle? ¿Cómo? ¿Había que decirle? ¿No? ¿Sí? ¿Y a la familia? ¿Y a Marcos?

Las preguntas se le agolpaban en la cabeza mientras la angustia galopaba en su pecho.

— ¡Pobre Clara! — se la oyó sollozar — ¡Pobrecita!

No hubo nada que explicar. De sólo mirarla a los

ojos, Clara se enfrentó con la realidad de una sola cacheteada.

— ¿Cuánto me queda?

— No lo sé, de verdad que no — lloró la doctora. Sabía que llorar era poco profesional pero ¿quién había definido qué era ser profesional?

— Quiero hablar con tus padres — pidió.

— No, yo quiero hacerlo, son mis padres.

CAPÍTULO 40

Esa misma tarde, Clara reunió a sus padres y a Marcos en su casa.

— Quiero pedirles algo, por eso los reuní. Sé que no falta demasiado para mi final. Lo siento. Es así, sé que es así. Ahora más que nunca los necesito a mi lado. Los necesito juntos. Juntos hasta el final.

Sé que les voy a pedir algo muy difícil, pero me tienen que prometer que van a cumplir.

Quiero que cuando llegue el momento en que ya no pueda hacer más nada, me dejen morir con dignidad. Quiero morir en casa y no solita en una sala de hospital. Quiero que estén conmigo y cuando yo les avise, quiero... — y allí se le quebró la voz. Nadie interrumpió su silencio — no me dejen sufrir lo innecesario.

— Pero hija — era el padre quien hablaba sollozando — Dios nos da la vida y debemos cuidarla hasta el final, con todas nuestras fuerzas.

— Es cierto — le respondió muy compuesta — tenemos que cuidarla y es lo que estoy, mejor dicho, estamos intentando hacer. Pero la vida es un préstamo que

se nos hace y no está bien intentar retenerla cuando vienen por ella.

Voy a seguir luchando por mi vida pero cuando ya no me queden fuerzas para luchar, no luchen en mi contra, déjenme morir — dijo mirando fijamente a su madre a los ojos.

Sin siquiera pensarlo, la madre asintió con su cabeza y en su pensamiento: no te preocupes.

Marcos que hasta entonces sólo lloraba en silencio, se levantó de su silla, se arrodilló delante de Clara diciendo:

— ¡Mi amor! ¡Perdoname, mi amor!

CAPÍTULO 41

Un mes más tarde, Clara no sólo ya no se levantaba de la cama siquiera para ir al baño, sino que había perdido por completo la visión.

El desenlace iba rapidísimo. La enfermedad pronto fue tomándole distintos centros. Primero comenzó a caminar muy mal, se tropezaba a cada paso. Luego prácticamente perdió la movilidad. Arrastrándose colgada de alguien iba hasta el baño. Volver a la cama le costaba un Perú, pero de ninguna manera quería usar pañales.

Marcos no se movía de su lado.

Buscando ayuda, desesperada ayuda, había llamado a su madre a Venezuela y a su padre a Chile. Ninguno se hizo esperar. Ese mismo día, llegaron el padre y Lucas de Chile y a la mañana siguiente la madre de Caracas. Todos querían estar allí, ayudar, acompañar, esperar.

A pesar de los medicamentos y los cuidados, Clara se apagaba como una velita que se consumía a sí misma. Las piernas se le acalambaban y Marcos se las masajeaba. Al verlos tan entregados a su amor, el padre de Clara perdió todo odio hacia Marcos.

Florencia la visitaba todos los días varias horas, le leía historias y le acariciaba el deslucido pelo que alguna vez fuera hermosa cabellera.

— ¡Ay! — se la escuchaba quejarse suavemente — ¡Ay! ¡Mamá! — llamaba apenas en un susurro como para no despertarla — ¡Mamá! ¡me duele! ¡duele tanto! ¡mami!

No tenía que despertarla. Hacía días que la mamá no dormía. Se tiraba al lado de su cama y apenas dormitaba despierta.

— Sí, mi chiquita, ya va a pasar — intentaba calmarla — ya... ya...

Los cuidados, las caricias y los mimos que la madre le prodigaba, la relajaban y dormía unos minutos para volver a despertar muy dolorida.

— ¡Mami, hace algo! ¡me duele todo!

Probablemente fue ese mismo dolor el que le hizo perder la conciencia.

La madre esperó a que amaneciera.

Todas las mañanas, antes de ir al hospital, la doctora pasaba a ver a Clara.

— Está muy mal, doctora, está muy mal — lloraba la madre.

— Llevémosla al hospital — sugirió la doctora.

— ¿Para qué? — preguntó el padre — ¿Acaso pueden hacerle algo distinto, algo mejor?

— No, no lo creo — dijo bajando la cabeza — no creo que ningún hospital ni clínica de lujo pueda darle esto — siguió, mientras con la mirada abrazaba a todos los presentes que dormían tirados por todos los rincones de la casa: Marcos, Lucas, Florencia, Juan, Ramiro y otros que se turnaban de día y de noche.

— Nadie puede darle algo más.

Marcos la lavaba, la peinaba, la acariciaba y lloraba.

En todos esos días no había podido parar de llorar.

Dos días Clara estuvo como ausente. La tercer noche la madre la oyó nuevamente llamar.

— ¡Mamá! ¡Mamita, ayudame! — la voz era cada vez más débil.

La madre tuvo que acercar su oreja a la boca de Clara.

— ¡Mami, por favor, ayudame! ¡Ma...! — y nuevamente

cayó inconsciente.

El dolor, a pesar de la cantidad impresionante de calmantes no la dejaba.

¿Es justo? ¿Tenemos derecho a dejarla sufrir así?

¿Acaso tiene alguna posibilidad de vivir? No, no es justo. ¡No!

Era muy tarde de noche la madre suponía a todos durmiendo, sin embargo no era así. Movidos por un extraño resorte, el padre, Marcos y Florencia acudieron a la habitación de Clara.

Uno a uno, en respetuoso silencio se fueron acercando a ella.

La besaron.

La acariciaron.

Se despidieron.

Los ojitos de Clara se abrieron por última vez y un suspiro salió de su boca igracias!

Cerró nuevamente los ojos y ya no los volvió a abrir.

CAPITULO 42

Entre Marcos y Florencia, con el consentimiento de los padres, la bañaron, la peinaron y la vistieron con un blanco y sencillo camisón.

Nadie supo quién les avisó, pero todos estuvieron allí. Todos los chicos de 5to 2da, chicos de otras divisiones y de otros colegios. La rectora y todo el cuerpo docente.

Todos estaban allí tristes, apesadumbrados, abatidos.

Clara había pedido expresamente que no le trajeran coronas de flores. Sino que donaran el mismo dinero a la salita del hospital donde ella había estado ayudando a su doctora.

Así se hizo.

La ceremonia también fue sencilla.

Florencia pidió leer unas palabras. Una carta que Clara, días antes, le había entregado cerrada, pidiéndole que la leyera en su despedida.

Abriendo con suavidad el sobre, leyó:

“Querida doctora igracias por cuidarme, por confiar en mí, por quererme! Siempre la voy a recordar.

Queridos chicos, queridos y respetados profesores, queridísima rectora, queridos amigos, queridos todos, sé que hoy van a estar todos aquí, unidos en el dolor.

Sé que me quieren. Yo también los quiero. ¡Abrácese! ¡Únanse en el amor! Que mi dolor, mi fuerza y mi muerte sirvan para algo.

Sigan con las conferencias aula por aula, joven por joven.

No fue otra más que la ignorancia quien me mató, ¡Hablen! ¡Griten! Que el SIDA no se lleve más Claras, ni Pedros, ni Juanes, ni Martinas.

Marcos, amor de mi vida. Marcos, te voy a estar esperando, pero por favor, no hagas como Romeo y Julieta. Sé todo lo feliz que puedas. No te niegues al amor ¡Te amo!

Florencia, bonita, amiga de mi alma, sé que me vas a llevar siempre en tu corazón. Por siempre vas a estar en el mío.

Queridos mami y papi igracias! ¡Gracias por estar siempre! ¡Gracias por ayudarme a nacer y a vivir

con tanto, tanto amor!
iLos amo!

Clara

CAPÍTULO 43

Hasta hoy, Marcos no ha presentado sintomatología alguna. Ya pasaron 7 años desde la muerte de Clara a fines de los '90 cuando lo único que existía era el AZT.

Cuánto tiempo más puede seguir así, no se sabe. Está en permanente control médico.

Le faltan muy pocas materias para terminar la especialización en Pediatría.

Paralelamente, trabaja como ayudante en la Academia Nacional de Medicina, en una investigación sobre el SIDA. Desea con toda su alma encontrar un remedio para esta enfermedad.

Florencia y algunos de sus compañeros del colegio, siguen con las conferencias tal como lo pidió Clara, aula por aula, joven por joven. Ellos creen firmemente que Clara no tenía que oscurecerse y ustedes, amigos lectores, tampoco.

Ningún chico de ese 5to 2da se infectó de SIDA. Todos se hicieron el HIV y se cuidan para seguir estando vivos y poder gozar de la vida y del amor.

ACLARACIÓN MÉDICA

La evolución y manifestación de la enfermedad en Clara fue absolutamente singular.

Tan singular como cada uno de nosotros.

Hay quienes enferman en cortísimo tiempo, como le sucedió a Clara y hay otras personas que hace muchos muchos años están infectados y siguen sin síntomas. Nada se puede generalizar.

Los síntomas y el tiempo de desarrollo desde el comienzo de la infección, son absolutamente individuales.

Ayudaría enormemente que pudiéramos preguntar y hablar acerca de los que nos pasa, sentimos, dudamos y pensamos.

¡Hay sólo una manera de vencer el miedo y es previniendo!

¡Todos tenemos un lugar en el amor y la vida!

Para comunicarse con la autora:
adrianastrupp@yahoo.com.ar

Colección
Un paso antes

TÍTULOS PUBLICADOS

de Lic. Adriana Strupp

Daniela, la otra historia

(para jóvenes de 12 años en adelante)

¿Qué estamos dispuestos a dar de nosotros para pertenecer, para ser aceptados por los demás?

“...Daniela: Todo hubiera dado por ser aceptada.

Todo

¡Hasta mi vida!...”

Daniela es una joven adolescente como tantos otros que movida y empujada por los comerciales y por la discriminación que sufre por ser gordita, llega a la triste conclusión que PARA SER ALGUIEN, PARA SER QUERIDA, PRIMERO TIENE QUE SER FLACA, CASO CONTRARIO ¡NO EXISTE!

En nuestra cultura de lo descartable, de lo superfluo que se nos hace imprescindible, de lo “diet”, de lo “light” (perdiendo incluso nuestra identidad idiomática), Daniela nos invita a nosotros, supuestos libre pensadores, a preguntarnos

¿Por qué PERMITIMOS que nos digan CÓMO hay que SER PARA PODER SER?

¿Qué se esconde detrás de la búsqueda de la supuesta perfección corporal?

La otra historia, es la de los valores aparentemente en vías de extinción.

La otra historia, es la del injusto sufrimiento al que sometemos a nuestros jóvenes.

La otra historia, es la del silencio.

¡Daniela, una obra para darse cuenta a tiempo!

Escuché que alguien lloraba

(para jóvenes de 13 años en adelante)

Un grupo de jóvenes y fantasmas de los que ya no están, nos dan su testimonio.

¿Qué empuja a un joven a consumir desbordante cantidad de alcohol o drogas de distintas clases?

¿La soledad? ¿Las compañías? ¿El futuro? ¿La falta de futuro? ¿Padres permisivos? ¿Padres autoritarios? ¿Los valores? ¿La noche? ¿Porque todos lo hacen? ¿Porque sí o porque no?

Millones serían las preguntas que nos podemos hacer y seguiríamos sin la respuesta adecuada. Sin embargo, tenemos que encontrar la respuesta.

Todos lloramos iescuchémonos!

Paloma ¡hay que seguir volando!

(para jóvenes de 14 años en adelante)

“...Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas.

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Eso de durar y transcurrir no nos da derecho a presumir porque no es lo mismo que vivir ¡Honrar la vida!...”

Eladia Blázquez

Lucía Rivarola es una joven muy agradable, muy comprometida con el bien y los demás.

Lucía Rivarola es una joven que sin saberlo está repitiendo la vida de otra joven.

Lucía Rivarola, a los 17 años descubre que no es quien cree ser.

Porque años atrás la historia, nuestra historia, la historia argentina ensombreció.

Porque ahora, y sólo iluminando nuestro pasado, vislumbraremos el futuro.

Porque la vida es esperanza a pesar de todo.

Por eso hay que seguir volando.

¡Por la identidad!

¡Por la libertad!

¡Por la vida!

